ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.




Marc Brandel

# Misterio del concurso de T. V.

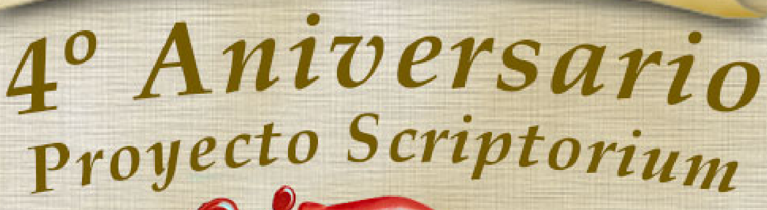
## Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 40

**ePub r1.2**
**Titivillus** 27.06.2017

Título original: *The Mystery of the Rogues Reunion*
Marc Brandel, 1985
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: R. Escolano
ilustración de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2









*Más libros, más libres.*




*Edición conmemorativa*

# UNAS PALABRAS DE HÉCTOR SEBASTIÁN

Permitidme que desconecte un momento el televisor… Ya está.

Y ahora me presentaré. Me llamo Héctor Sebastián. Soy escritor profesional de novelas de misterio; de algunos de mis libros se han hecho películas.

No suelo contemplar la televisión, sólo los noticiarios, pero tenía un motivo especial para sintonizar aquel programa. En él aparecía un joven amigo mío.

Debo admitir que jamás le hubiera reconocido. Era mucho más joven cuando hizo esa serie de comedias. En realidad era casi un bebé. Pero deseaba verlo porque así es como comenzó el «Misterio del concurso de TV».

Es el misterio más reciente en el que intervinieron mis jóvenes amigos, los Tres Investigadores. Será mejor que os hable un poco de ellos antes de explicaros cómo se vieron implicados en el asunto.

Sus nombres son: Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Viven en Rocky Beach, una pequeña localidad de la costa sur de California, cerca de mi casa de Malibú y a sólo unos pocos kilómetros de Hollywood.

Jupiter Jones —sus amigos le llaman Jupe— es el Primer Investigador. Es un detective nato; y sé lo que me digo porque yo fui investigador privado antes de convertirme en escritor. Posee esas tres cualidades esenciales que todo buen detective debe tener: ojo para observar hasta el mínimo detalle en cada caso, habilidad para coordinar las pistas y descubrir su significado y, la más importante de todas, tenacidad para no darse por vencido hasta encontrar la respuesta correcta.

No digo que Jupe no tenga sus defectos. Nadie le ha acusado jamás de modesto, y es algo quisquilloso en algunos aspectos. Respecto a su peso, por ejemplo, no le importa que sus amigos digan que es… bueno, robusto. Pero si queréis continuar siendo amigos de Jupe, jamás, jamás, le llaméis Bebé Fatty.

Pete Crenshaw, el Segundo Investigador, es todo un atleta. Excelente corredor, nadador y jugador de béisbol. Ello significa que, cada vez que hay que hacer algo arriesgado en el aspecto físico, Pete suele ser el elegido. No es que le guste el peligro, todo lo contrario. En realidad, es el más prudente de los tres amigos.

Bob Andrews, el Tercer Investigador, se encarga de los informes y archivo. Trabaja algunas horas en la biblioteca de Rocky Beach, y es estudioso y reflexivo por naturaleza. También le es muy útil a Jupe por su facultad de hacer las preguntas oportunas en el momento preciso.

Juntos, los Tres Investigadores han resuelto muchos misterios Pero este último caso es algo distinto. Y lo es porque el Primer Investigador se vio personalmente implicado en el «Concurso de TV».

Veréis, Jupiter Jones era el niño actor que en estos momentos yo estaba contemplando en la televisión. Hace años fue uno de los Granujas, cuya reunión inició todo el misterio.

# CAPÍTULO 1
# EL PASADO SECRETO DE JUPE

—Basta, basta —suplicó Jupiter Jones—. Parad eso. Estaba tan repantigado en su silla giratoria que sólo sus ojos asomaban por encima del desvencijado escritorio de madera. Su voz era un gemido, y su rostro inteligente y despierto estaba contraído por el dolor. El aspecto del Primer Investigador era el de un ser torturado. Y eso era exactamente lo que le estaba ocurriendo.

Era torturado delante de sus dos mejores amigos. Y ninguno de los dos movía un dedo para ayudarle. Los otros dos investigadores, Pete Crenshaw y Bob Andrews, sonreían e incluso soltaban alguna carcajada de vez en cuando.

Los tres se hallaban reunidos en su puesto de mando secreto en el Patio Salvaje, la chatarrería que los Jones poseen en Rocky Beach. Pete estaba recostado en una mecedora con los pies encima de un cajón abierto del archivador. Bob, sentado en un taburete, apoyaba la espalda contra la pared.

Estaban mirando la televisión. En la pantalla, un niño pequeño de unos tres años estaba sentado con las piernas cruzadas encima de una mesa de cocina. Un muchachito de ocho o nueve años, y ojos caídos, sujetaba las manitas gordezuelas del pequeño tras su espalda. Otro niño, que podría tener unos once años, mezclaba algo en un bol de porcelana. Era alto y delgado y llevaba rapados sus cabellos rubios, por lo cual su monda cabeza relucía como un huevo duro al que se le ha echado sal. Sonreía con aire idiota, lo cual hacía que uno se preguntara si en el interior de su cráneo de huevo duro había algo más que la yema del huevo cocido.

«—Oh, po favo —decía el niño gordito con voz inusitadamente

grave—. Po favo, bata. Yo no quielo tené zarampión».

—Quita eso —volvió a suplicar el Primer Investigador—. No puedo soportarlo más.

—Pero yo quiero ver el final —protestó Pete—. Quiero ver cómo temina. Quiero decir, termina.

«—Vamos, Bebé Fatty —decía uno de los niños de la pantalla. Era un muchacho negro, robusto, de unos doce años, con la cabeza cubierta de cabellos erizados como las cerdas de un puerco espín. Sonreía como los demás, pero cierta dulzura en su sonrisa hacía pensar que jamás haría nada que pudiera dañar al niño gordito—. Si tu papá y tu mamá creen que tienes el sarampión —prosiguió con voz de sonsonete— todos tendrán miedo de que nosotros lo pillemos también. Y tendremos que quedarnos en casa y no ir al colegio».



«—Sí —intervino un muchacho de enormes dientes saltones—. Pensarán que somos cotagiosos».

El chico de la cabeza rapada, a quien llamaban Peladilla, proseguía con su comedia particular.

Jupe alzó la mano para taparse los ojos. Recordaba aquella escena con aborrecimiento especial. Peladilla sabía mover las orejas. Las movía tanto que sus enormes lóbulos rosados temblaban como trocitos de gelatina.

«Era su único talento como actor», pensó Jupe con rabia, mientras Bob y Pete se desternillaban de risa.

Sin dejar de mover las orejas, Peladilla cogió un pincel puntiagudo y, tras mojarlo en el bol, comenzó a pintar lunares rojos en la cara rechoncha de Bebé Fatty, que se debatía luchando por desasirse, pero sin llorar. Su rostro permanecía tan alegre como el de un querubín pecoso.

La cara de Jupe era muy otra. Había entreabierto los dedos para mirar a través de ellos, y observaba la pantalla con evidente incredulidad.

¿Era realmente él? ¿Aquel crío de cara redonda, con sus monísimos pantalones con tirantes de granjero Brown que dejaba que Peladilla le pintase manchas rojas en la nariz y mejillas, podía ser realmente Jupiter Jones? ¿Jupiter Jones, el Primer Investigador de misterios que algunas veces habían confundido incluso a su amigo, el comisario Reynolds, y a toda la policía local?

No sólo «podía ser», sino que «lo era». Jupiter fue Bebé Fatty, uno de los principales actores de una serie de comedias de media hora de duración que representaban a los Granujas.

Era una época que Jupe se esforzaba por olvidar. Pero cuando por casualidad la recordaba en momentos peculiares, como cuando acababa de golpearse el pie contra una roca, o le entraba una mota en el ojo, el único consuelo que encontraba era que no fue él quien eligió el papel de Bebé Fatty.

La primera vez que intervino en los Granujas a la edad de tres años, Jupiter era demasiado pequeño para tomar sus propias decisiones. Y no es que Jupe reprochara a sus padres el haberle buscado aquel trabajo, ya que a ellos debió parecerles la oportunidad de iniciar su vida en el mundo del espectáculo. Hasta que fallecieron en un accidente de automóvil, sus progenitores

fueron bailarines de salón profesionales y compitieron en todos los concursos de California. Cuando no bailaban en concursos para ganar premios en metálico, lo hacían como extras en las películas. Habían aparecido en un total de doce musicales rodados en los estudios más importantes.

Durante uno de estos rodajes se hicieron muy amigos del director, que de vez en cuando iba a visitarles a su casa. En una de estas visitas, una inolvidable tarde de domingo, le presentaron a su hijo Jupiter.

—¿También vas a ser bailarín cuando seas mayor, pequeño? —le había preguntado el director.

—No —Jupe contestó rotundamente con su voz profunda—. Mis aptitudes son totalmente distintas. Prefiero utilizar mi mente que mi cuerpo. Me temo que mis componentes físicos no son gran cosa; pero en cambio, mi memoria es excelente.

—¿Cuántos años dicen que tiene? —preguntó el director con el mismo tono de asombro de un hombre que acabara de ver un unicornio en su jardín.

—Dos años y once meses.

El director no volvió a decir nada de Jupe hasta poco antes de marcharse. Parecía haberse quedado mudo.

—Un fenómeno —musitó al subir a su automóvil—. Este niño es un fenómeno como no vi otro igual en mi vida.

Pocos días después a Jupe le hicieron una prueba. Al mes se había convertido en Bebé Fatty y era uno de los Granujas.

El éxito fue inmediato. No sólo era un actor con naturalidad, capaz de hipar, balbucear, reír y llorar espontáneamente, obedeciendo las órdenes del director, sino que poseía un talento superior a cualquiera de los otros Granujas. Era capaz de memorizar páginas enteras de diálogo con sólo echarles un vistazo. Durante el año que actuó en la serie, jamás tuvieron que apuntarle, ni olvidó una sola línea.

De no haber sido por la trágica muerte de sus padres, Jupe hubiese seguido como actor infantil durante años. Pero, cuando su tío Titus y su tía Matilda decidieron que fuera a vivir con ellos a Rocky Beach, tía Matilda, que era una mujer amable y reflexiva, le hizo a Jupiter una pregunta amable y reflexiva:

—¿Quieres seguir siendo un Granuja, Jupe? —le preguntó.

—Rotundamente, no —dijo Jupe.

A él no le importaba levantarse a las cinco y media cada mañana para ir a los estudios, sentarse en una silla mientras el maquillador cubría su rostro, e incluso su cuello y orejas, con una pasta color naranja brillante para que pareciera más natural en la película. No le importaba aquellas esperas interminables mientras el cámara preparaba las luces. Se sentía perfectamente feliz leyendo o haciendo crucigramas. Ni siquiera le importaba gran cosa tener que decir monadas o tartamudear o balbucir. Lo que no podía soportar era a los otros Granujas, o a la mayoría.

Muy al contrario que Jupiter, ellos no parecían comprender que, cuando pintaban manchas rojas de sarampión en la cara de Bebé Fatty o le mojaban con la manguera del jardín para hacerle confesar dónde había escondido sus caramelos, se suponía que estaban actuando. No querían entender que los traviesos Granujas que tanto divertían a la gente en la pantalla eran sólo personajes ficticios.

Los otros Granujas pensaban que ellos eran así de verdad. Siempre andaban atosigándole y gastándole bromas estúpidas. Como Jupe era el más joven y el más pequeño de todos, le trataban con el mismo aire de superioridad y le mortificaban, estuviera o no rodando la cámara.

Ponían pimienta en su helado en la cafetería de los estudios durante el descanso para comer. Derramaban engrudo en su silla en la sala de maquillaje. Y le quitaban todos los botones de sus monos de granjero Brown.

Y lo peor de todo es que le llamaban Bebé Fatty todo el tiempo. En sus cabezas rellenas de serrín no cabía que él no era Bebé Fatty en la vida real, sino Jupiter Jones.

De modo que, cuando tía Matilda preguntó a Jupe si quería o no continuar siendo un Granuja, no vaciló ni un segundo. Sentía como si hubiera estado encerrado en una jaula con un puñado de monos chillones y parlanchines por más tiempo del que se atrevía a recordar, y de que su buena tía Matilda le ofrecía la oportunidad de escapar.

En cuanto finalizó su contrato, Jupe dejó a los Granujas para siempre. Y sin él la serie pronto se agotó.

Jupe se quedó a vivir en la chatarrería de los Jones con sus tíos. En el colegio conoció a Pete Crenshaw y Bob Andrews. Se hicieron

amigos y, un poco más tarde, se convirtieron en los Tres Investigadores, detectives privados profesionales y serios, que resolvían misterios y a menudo esclarecían delitos importantes.

Jupe hizo cuanto pudo por olvidar que había sido conocido como Bebé Fatty. Y lo consiguió durante años.

Luego ocurrió algo terrible, por lo menos para Jupe. Los estudios que habían producido la serie la vendieron como reposición a una cadena de televisión.

La primera noticia la tuvo Jupe cuando un compañero de clase le pidió su autógrafo. Fue poco después de que el nombre de Jupe apareciera en el periódico local, con motivo de la detención de una banda de ladrones de perlas en la que Jupe había jugado un papel importante.

Afectuosamente, Primer Investigador, Jupiter Jones, escribió Jupe con orgullo en el libro de autógrafos de su condiscípulo.

—No. Tu nombre verdadero —le dijo su avispado compañero de clase, arrancando la hoja del libro—. El nombre por el que eres famoso: Bebé Fatty.

Y así continuó ocurriendo durante las tres últimas semanas del curso escolar. Todos los alumnos del colegio no sabían hablar de otra cosa que de la reposición de los Granujas. Chicos y chicas que ni siquiera conocía de vista se acercaban a él en el patio para decirle lo divertido que era. Le suplicaban que hablase y balbuceara como Bebé Fatty: «Di, bata po favo. Bata».

La vida de Jupe se convirtió en una pesadilla.

Las cosas iban un poco mejor ahora que acababan de comenzar las vacaciones de verano. Jupe podía esconderse de sus admiradores en el puesto de mando secreto de la chatarrería. Era una caravana que habían ocultado bajo montones de chatarra. En el remolque ahora poseían un diminuto televisor. Y ese aparato se había convertido en la maldición de la existencia de Jupe. Pete y Bob insistían en ver la reposición de los Granujas siempre que podían. A sus compañeros les gustaba de verdad la vieja serie.

Bob y Pete se reían y soltaban carcajadas mientras contemplaban la pantalla de televisión. Peladilla, el muchacho flaco, rubio y con la cabeza pelada había terminado de decorar el rostro de Bebé Fatty con manchas rojas, y ahora estaba intentando quitarle la camisa para pintar también manchas en su pecho. La

puerta de la cocina, que aparecía en la pantalla, se abrió de golpe y apareció una niña morena de unos nueve años. Era Monísima Peggy, la heroína de la serie, y la fiel compañera y salvadora de Bebé Fatty.

«—Suéltale» —le decía Monísima Peggy a Peladilla.

«—Zí, bata po favo» —exclamaba Bebé Fatty.

Peladilla no tenía intención de soltarle. Intentó encerrar a Monísima Peggy en el armario. Orejas Gachas, el niño pequeño y moreno de cabellos erizados se puso al lado de Peggy. Al momento todos los Granujas luchaban entre sí. Uno de ellos descubrió un pastel en un estante y lo lanzó contra Peggy. Erró el tiro y el pastel fue a estrellarse en la cara de Bebé Fatty.

«—Oh, zí —balbuceó éste, rebañando la crema que se escurría por su nariz para metérsela en la boca—. Eto e mucho mejor que el zarampión».

—Jupiter, ¿dónde estás?

La voz de tía Matilda se dejó oír por el altavoz. Jupe había instalado un micrófono en el patio para que pudiera oírla desde el puesto de mando cuando le llamara. Por lo general le llamaba para una sola cosa… para trabajar. Siempre tenía algún trabajo para él. A Jupe no le importaba trabajar en la chatarrería. Eso le ayudaba a pagar el teléfono privado de su puesto de mando. Pero la verdad es que tampoco disfrutaba con ello. Incluso ahora se sentía más inclinado a utilizar su mente que su cuerpo.

Pero hoy la llamada de tía Matilda fue un verdadero alivio. Saltó de su asiento y apagó el aparato de televisión con un suspiro de placer. El rostro gordezuelo de Bebé Fatty desapareció de la pantalla.

Un minuto después, los Tres Investigadores habían abandonado su bien oculto puesto de mando por la Puerta Cuatro. Caminando por encima de un montón de chatarra se acercaron a tía Matilda por la espalda.

—Ah, ya estáis aquí —les dijo.

Jupe comenzó a quitarse la chaqueta.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —le preguntó.

Pero por una vez tía Matilda no había llamado a los muchachos para darles trabajo. En la verja había un hombre que quería hablar con Jupe.

Jupe volvió a suspirar, pero no de alivio. Mucha gente había acudido a la chatarrería durante las últimas semanas para hablar con él. Periodistas de Los Ángeles incluso de lugares tan alejados como San Francisco habían seguido su pista desde los estudios y deseaban escribir artículos sobre él. Historias encabezadas así: ¿DÓNDE ESTÁ AHORA? o ¿QUÉ HA SIDO DE BEBÉ FATTY?

—Dile que se marche —le suplicó Jupe a su tía—. Dile que no quiero hablar con él.

—Ya se lo dije, Jupe. Pero no se marcha. Dice que es importante —tía Matilda sonrió con simpatía. Comprendía los sentimientos de Jupe. Llevaba semanas luchando por protegerle de los periodistas y de docenas de personas que querían que apareciese en varios programas de televisión…

—Tiene un automóvil grande y cómodo, Jupe —continuó—. Y dice que no le importa el tiempo que tenga que esperar sentado en él. Y está bloqueando la entrada. De manera que me parece que vas a tener que verle.

—Está bien —accedió Jupe de mala gana—. Le veré y escucharé, sólo para librarme de él. Pero no pienso hablar de los Granujas, de eso puedes estar segura.

Era un coche grande y confortable, un Citroen francés amarillo con el capó delantero semejante a la cabeza de una ballena. El hombre que salió de detrás del volante, cuando los Tres Investigadores atravesaron la verja, también era grande y de aspecto comodón.

Como investigador Jupe había adquirido la costumbre de observar a la gente… sus rostros, sus ropas, la forma de sus orejas, sus pequeñas particularidades. Lo primero que le llamó la atención en aquel hombre fueron sus dientes grandes y blancos que brillaban como una luna en cuarto creciente en su rostro bronceado. Resplandecían cada vez que sonreía, y no cesaba de sonreír.

—Jupiter Jones —dijo con una sonrisa todavía más abierta—, me llamo Milton Glass. Soy el jefe de publicidad de los estudios.

Jupe permanecía entre Pete y Bob rígido y hostil. Miró a Milton Glass sin pronunciar palabra.

—Tengo una oferta que puede interesarte, Jupiter —la voz de aquel hombre era tan simpática que parecía sonreír también—. Estoy organizando una comida para reunir a todos los Granujas en

los estudios, y después de comer…

—No, gracias —Jupe no pudo guardar silencio por más tiempo. Esto era incluso peor de lo que había supuesto. La idea de entrevistas y charlas era ya bastante mala, pero el pensar en volver a reunirse con aquellos niños odiosos le sacaba de quicio. Dio medio vuelta y echó a andar hacia la verja del patio.

—¿No te gustaría volver a ver a todos tus amigos? —Milton Glass rodeó con su enorme brazo los hombros de Jupe—: Peladilla, Sabueso, Pies Planos…

—No, gracias —Jupe trató de soltarse, pero el agente publicitario tenía la fuerza de un oso—. Ya vi bastante a esos idiotas para el resto de mi vida y jamás…

—Bien muchacho —la sonrisa de Milton Glass era más abierta y amistosa que nunca—. Eso es exactamente lo que esperaba que dijeses.

—¿Qué? —El Primer Investigador pocas veces quedaba desconcertado, pero no podía imaginar por qué aquel hombre corpulento y sonriente estaba tan complacido por su negativa. Esperó.

—Se metían siempre contigo, ¿verdad? Por lo menos la mayoría. Te hartaron con sus bromas estúpidas. E insistían en llamarte Bebé Fatty siempre. Apostaría a que los odiabas, ¿me equivoco?

—No va con mi manera de ser el odiar a nadie —replicó Jupe con frialdad—. Pero es cierto que me desagradaban. Me desagradaban intensamente.

—Excelente. —El brillo de sus blancos dientes destelló con más intensidad que nunca en el rostro moreno de Milton Glass—. Y ahora yo te brindo la oportunidad de resarcirte. La ocasión de demostrar lo idiotas que siempre fueron. ¿No te gustaría eso?

—¿Cómo? —el rostro de Jupe permanecía inexpresivo, pero había cierto brillo de interés en su mirada.

—Delante de todo el país. En una cadena de televisión —le dijo Milton Glass—. El estudio prepara un concurso de preguntas y respuestas. Todos los Granujas competirán unos contra otros. Y tengo la corazonada de que tú serás el ganador, Jupiter. Y harás que el resto de ellos queden como unos tontos.

El Primer Investigador tuvo un ramalazo de recuerdos. Peladilla. Su cabeza monda de huevo duro. Su sonrisa idiota. Peladilla,

retorciéndole el brazo. Peladilla, poniendo un ratón muerto en su comida.

La mente de Jupiter corría rauda mientras contemplaba el rostro sonriente y simpático de Milton Glass.

—Y te llevarás el primer premio, Jupiter —dijo Milton Glass para animarle—. ¡Veinte mil dólares!

# CAPÍTULO 2
# UNA SORPRESA EN EL ESTUDIO 9

La limusina tuvo que detenerse ante las puertas de los estudios en la calle Vine de Hollywood. El guarda uniformado había saludado familiarmente al chófer, y luego se volvió hacia la parte posterior del automóvil para comprobar los nombres de los muchachos, cotejándolos en su lista.

—Jupiter Jones —dijo Jupe con energía. Había tomado la resolución de no consentir la tontería de que le llamasen Bebé Fatty.

—Jones, Jupiter —leyó el guarda en su lista—. Calle Sunrise 45, Rocky Beach. ¿Correcto?

—Correcto —respondió Jupiter.

El guarda asintió. Luego tuvieron que anunciarse los otros dos investigadores.

—Pete Crenshaw.

—Bob Andrews.

El guarda encontró sus nombres y direcciones y volvió a asentir. Puso una tarjeta blanca bajo el limpiaparabrisas, el pase para entrar en los estudios.

—Estudio Nueve —les dijo, haciéndoles señas para que siguieran adelante.

El chófer condujo lentamente la limusina por una larga calle. Pasaron ante la Biblioteca Pública de Nueva York, el antiguo edificio de la Ópera de San Francisco y la torre inclinada de Pisa.

Todo le resultaba fantásticamente familiar a Jupe, como recordar un sueño. Bob y Pete se inclinaban hacia adelante en sus asientos para contemplar los edificios famosos a medida que pasaban ante ellos. Pero Jupe sabía que, en realidad, no eran más

que falsas fachadas de lona y yeso. Si abriera la puerta de cualquiera de ellos, no encontraría nada detrás.

Jupe permanecía muy erguido en el largo automóvil negro, sin molestarse siquiera en mirar por la ventanilla.

Milton Glass, el jefe de publicidad, había enviado la limusina para recoger a Jupe en el Patio Salvaje de los Jones.

El coche y el chófer estarían a disposición de Jupe durante los dos días del concurso que iba a dar comienzo al día siguiente en una cadena de televisión de Hollywood.

Tío Titus y tía Matilda habían sido invitados a la comida de «hermandad» en los estudios, pero a ninguno de los dos le apeteció ir.

—Las películas me gustan —tía Matilda se disculpó—. Algunas me divierten mucho. Pero son como las salchichas, Jupe. No quiero ver de dónde vienen ni cómo las hacen.

Tío Titus estuvo de acuerdo con ella.

Bob y Pete, no. Les entusiasmó la oportunidad de ver lo que hay tras el escenario de un estudio de cine. Y Jupe se alegró de que fueran con él. Así el Primer Investigador se sentiría más auténtico teniéndoles a su lado.

La limusina que había rodado a cinco kilómetros por hora, respetando las señales de límite de velocidad, se detuvo. Jupe se inclinó hacia adelante, pensando que habían llegado al estudio donde debía celebrarse la comida. El coche se había detenido delante de un grupo de chozas indias. Dos soldados romanos, con lanzas y escudos caminaban entre las tiendas.

El chófer, que había dicho llamarse Gordon Harker, bajó el cristal de su ventanilla.

—¿Por favor, podrían decirme dónde está el Estudio Nueve? —preguntó a uno de los soldados.

Jupe podría habérselo dicho. En el Estudio Nueve se rodaron todos los episodios de los Granujas pero, por una vez, no sentía el menor deseo de hacer alarde de sus conocimientos. No tenía prisa por llegar al Estudio Nueve y reunirse con Peladilla, Pies Planos y los demás.

—Está al final de la calle —explicó el soldado romano, señalando el camino con un cigarrillo liado a mano.

—Sí, no puede equivocarse —añadió el otro soldado.

El chófer les dio las gracias y siguió adelante. Los romanos estaban en lo cierto. Un enorme edificio blanco, parecido a un hangar para aviones, se alzaba ante ellos. Un gigantesco número nueve estaba pintado a un lado de la entrada.

El chófer se apeó para abrir la portezuela a los Tres Investigadores.

Jupe le dio las gracias, contemplando a aquel joven alto y bien proporcionado, con su elegante gorra y uniforme. Como de costumbre, los ojos inquisidores de Jupe como investigador le examinaron desde la punta de sus lustrosos zapatos hasta su rostro negro, inteligente y de facciones correctas, y sus cabellos negros e hirsutos.

Al Estudio Nueve se entraba por una puerta pequeña acolchada. A un lado había una placa de metal con un gran candado abierto que colgaba de una pesada argolla. Sin pensar lo que estaba haciendo, Jupe miró las dos luces que había encima. «Jamás abras una puerta cuando esté encendida la luz roja», recordó. Significa que están filmando, que las cámaras ruedan en el estudio. Todo volvía a su memoria, las reglas y costumbres en una filmación durante sus días de actor infantil. Ojalá no acudieran a su mente con tanto realismo.

Se encendió la luz verde. Jupe empujó la puerta y entró seguido de Pete y Bob.

Entonces lo recordó todo con mayor intensidad. No sólo el olor a pintura fresca y metal soldado y el calor seco de los focos, sino un coro de voces gritando aquellas palabras que había esperado no volver a oír jamás.

—¡Bebé Fatty!

Jupe se encontró rodeado de un grupo de periodistas y fotógrafos. Por espacio de dos o tres minutos permaneció allí paciente mientras los *flashes* cegaban sus ojos.

Y todo el tiempo seguía el horrible canto:

—Sonríe, Bebé Fatty.

—Mira hacia este lado, Bebé Fatty.

—Otras más, Bebé Fatty.

Al fin terminaron. La figura alta y sonriente de Milton Glass se abrió paso entre ellos y rodeó con su brazo de oso los hombros de Jupe.

—Jupiter —le dijo con simpatía—. Jupiter Jones. Ven a ver a los demás Granujas.

Al otro extremo del edificio había una enorme cocina muy iluminada. Jupe sabía que, en realidad, aquello no era una cocina, naturalmente. El horno no funcionaba y del grifo de la fregadera no saldría agua. Sólo la mesa larga donde varios camareros disponían el buffet libre no formaba parte del ficticio mundo del cine.

Milton Glass condujo a Jupe y a los otros dos investigadores hasta un extremo de la mesa donde tres jóvenes permanecían de pie, conversando con una jovencita de largos cabellos oscuros muy atractiva.

Interrumpieron la conversación para mirar a Jupe que se aproximaba. Jupe les miró a su vez. No estaba seguro de lo que había esperado encontrar.

Durante años había retenido en su mente el recuerdo preciso de los otros Granujas. Pero los recordaba como habían sido. Peladilla, con su cabeza de huevo duro y su estúpida sonrisa. Pies Planos con su cara pequeña de manzana arrugada y sus descomunales manos y pies. Sabueso con su larga lengua y sus tristes ojos caídos. Monísima Peggy con su flequillo negro cortado recto sobre sus cejas y su carita puntiaguda.

Los cuatro adultos que ahora contemplaba eran completamente desconocidos para él.

Uno de ellos, un joven bien parecido con chaqueta de cuero y cabellos largos y rubios que cubrían sus orejas, alzó la mano para saludarle.

—Hola —le dijo—. De modo que te pescaron a ti también, ¿eh?

Jupe asintió con la cabeza, mirando las botas de vaquero que llevaba el joven. Parecían demasiado pequeñas para su estatura, de manera que no podía ser Pies Planos. Ni tampoco Sabueso. El joven que estaba a su lado tenía también los ojos caídos, aunque no sacaba la lengua ni tenía ya aspecto tristón.

El tipo de mirada penetrante con la cazadora de cuero y las botas hechas a mano tenía que ser Peladilla.

Jupe saludó con una inclinación de cabeza a los otros dos Granujas, identificándolos en silencio como Pies Planos y Sabueso. Habían cambiado tanto como Peladilla.

Los pies y las manos de Pies Planos seguían pareciendo un poco

grandes porque era bajito y bastante delgado. Pero su rostro había perdido la expresión de manzana arrugada que le hizo sobresalir como actor cuando era niño. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos alegres le recordaron a Jupe aquellos simpáticos muchachos que trabajaban tras el mostrador del supermercado de Rocky Beach.

Sabueso le recordó a un joven ejecutivo. Sus cabellos castaños bien cortados, su camisa y su *blazer* de buen corte le daban un aspecto de eficiencia y elegancia. Resultaba difícil creer que había sido aquel niño de cara triste el que representara el papel de Sabueso.

Jupe se volvió a mirar a la joven vestida con un elegante traje marrón. Tenía el mismo rostro en forma de corazón y los profundos ojos azules de espesas pestañas, pero jamás la hubiera reconocido como Monísima Peggy de haberla encontrado por la calle. Ella le sonrió.

—Celebro que hayas venido, Jupe —le dijo—. No te importa que te llame Jupe, ¿verdad?

—En absoluto —Jupe estaba contento de que recordase su verdadero nombre.

—Y tú llámame Peggy. Deja lo de Monísima. Hace años que trato de acabar con eso. Sólo Peggy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Jupe se volvió para presentar a Bob y a Pete a Peggy y a los otros. Se habían apartado del decorado de la cocina y estaban hablando con Milton Glass y un hombre delgado y de pelo blanco junto a una cámara El hombre de pelo cano le resultaba vagamente familiar a Jupe, pero de momento no supo donde ubicarlo.

—Ahora que estamos todos reunidos —Peladilla alargó un brazo para de esta forma acercar a Jupe al grupo—, quiero haceros una proposición. Algo que nos interesa mucho a todos.

—Pero todavía no estamos todos —le recordó Peggy—. Orejas Gachas aún no ha llegado.

—Orejas Gachas no vendrá —le dijo Pies Planos.

—Oh, ¿por qué no? —Peggy parecía decepcionada.

Jupe también estaba desilusionado. De todo los Granujas el que más le gustaba era Orejas Gachas. El niño negro era el único, aparte de Peggy, que no le había molestado ni le hizo sentirse como un molesto bebé rechoncho.

—O no le han encontrado, o no habrá querido venir —dijo Sabueso, encogiéndose de hombros.

—De modo que ya estamos todos —continuó Peladilla—. Y estamos aquí por una cosa —se golpeó el bolsillo superior de su cazadora de cuero—. Por el dinero del premio. ¿Acierto?

—Aciertas —dijo Sabueso sin gran convicción.

—Sí —convino Pies Planos—. Esa es la única razón por la que estamos aquí.

Peggy asintió con la cabeza muy seria.

Jupe vacilaba. A pesar de que le gustaría ganar los veinte mil dólares, con los que podría ir a la universidad, no era estrictamente cierto que hubiera acudido a la reunión y accedido a participar en el concurso de preguntas de TV sólo por el dinero. Dio su consentimiento porque pensó que así tendría la oportunidad de vengarse de los que le hicieron la vida imposible cuando era tan sólo un niño de tres años. Pero no le pareció momento adecuado para explicárselo.

—Tienes razón —dijo Jupe contemporizador.

—Ahora bien, parte del programa de esta reunión —prosiguió Peladilla es que, después de comer, nos sentemos a charlar, recordando los buenos y viejos tiempos.

Peggy volvió a asentir.

Podían ser viejos tiempos, pensó Jupe, pero él no recordaba que tuvieran nada de buenos. No dijo nada.

—Y nuestro simpático director —Peladilla dirigió su pulgar hacia el hombre del cabello blanco que estaba al lado de Milton Glass— va a grabarlo todo mientras hablamos para que aparezca en televisión antes de que comience el concurso de preguntas.

Jupe miró rápidamente por encima de su hombro. Ahora recordaba quién era el hombre del pelo blanco. Se llamaba Luther Lomax y había dirigido todas las comedias de los Granujas. «No le sorprendía no haberlo reconocido», se dijo. Luther Lomax había cambiado incluso más que cualquiera de ellos. Jupe le recordaba como un hombre alto, una figura imponente que hacía «restallar su látigo» sobre ellos con la autoridad de un domador de leones. «¡Luces, cámara, acción!», solía gritarles. Y ahora parecía viejo y encorvado.

—De manera que muy bien —Peladilla seguía hablando—. Si

quieren que aparezcamos en televisión tienen que pagarnos. ¿De acuerdo?

Miró a cada miembro del grupo por turno en espera de una respuesta.

Todos asintieron, excepto Jupe.

—¿Y bien? —le desafió Peladilla—. ¿Qué dices tú?

Jupe hizo una pausa mientras pensaba intensamente. Si estaba de acuerdo con la sugerencia de Peladilla, sería lo mismo que admitir que Peladilla era el jefe, el portavoz de todos ellos, como una vez lo fuera de los horribles niños que gastaron aquellas estúpidas bromas a Jupe cuando era pequeño.

La idea en sí iba contra la naturaleza de Jupe, que estaba acostumbrado a ser él quien mandase. Como Primer Investigador, si no daba órdenes a los otros dos investigadores, por lo menos decidía por ellos.

Por otro lado, consideraba que la sugerencia de Peladilla era bastante acertada. Si los del estudio querían que apareciesen en su programa antes del concurso de preguntas, incluso aunque estuvieran charlando y no actuando, era razonable que les pagasen.

Jupe asintió.

Peladilla se llevó los dedos índice y pulgar a la boca y lanzó un silbido penetrante.

—¡Eh, usted, Glass! —gritó al jefe de publicidad.

Milton Glass se acercó a ellos con su acostumbrada sonrisa. Luther Lomax, el director, le siguió casi con timidez. «Sigue a su amo como un perro viejo y obediente», pensó Jupe.

—¿En qué puedo servirte? —le preguntó Glass muy cortés.

Peladilla se lo dijo. Clara y tajantemente. Cada uno de ellos quería cien dólares por la charla televisada.

—Y será una gratificación, no un salario —añadió Peladilla—, para que no haya retención de impuestos. Y nos pagará en efectivo.

Los dientes del jefe de publicidad seguían brillando en su rostro bronceado, pero aparecieron unas ligeras arrugas en su frente.

—Me temo que eso es imposible —respondió—. Los estudios ya han gastado mucho en este concurso. Y además han dispuesto que cada uno de vosotros reciba un valioso obsequio como recuerdo de esta visita.

—¿Qué clase de obsequio? —le preguntó Peggy.

—¿De qué valor? —quiso saber Pies Planos.

—Eso es un secreto, Peggy —Milton Glass le dirigió su sonrisa más cautivadora—. Pero ya están preparados, esperando seros entregados —hizo un gesto hacia la puerta de la cocina—. Y sé que estaréis encantados con ellos —hizo una pausa—, pero no habrá gratificación por la charla televisada —concluyó con firmeza.

—Esta bien —Peladilla ni siquiera se molestó en discutir—. Si no paga, no habrá charla televisada.

Milton Glass intentó convencerle. Pero Peladilla se negó a dialogar. Explicó que era un trato de «lo toma o lo deja».

—No vamos a discutir, porque no hay nada que discutir.

Glass no cesó de sonreír, pero su voz ya no era cortés.

—Eso es chantaje —exclamó—. Un sucio y vergonzoso chantaje.

—Claro que lo es —Peladilla sonrió a su vez y Jupe vio que Pies Planos, Sabueso e incluso Peggy, también sonreían—. Por eso va a tener que pagar.

Milton Glass no se dejó convencer en seguida, pero Jupe comprendió que iba a darse por vencido. A Jupe le alegraba conseguir los cien dólares. Irían muy bien para engrosar los fondos de los Tres Investigadores para pagar el teléfono del puesto de mando y algún nuevo equipo con el que deseaba experimentar. Pero no era el dinero lo que le preocupaba.

Ahora comenzaba a ver a los Granujas bajo un aspecto completamente distinto, no como les había recordado hasta ahora. Empezaba a darse cuenta de que todos habían crecido y madurado de forma inesperada.

Ahora se habían convertido en un grupo de jóvenes duros y batalladores. Gente capaz de utilizar todas sus artes y experiencia para obtener lo que deseaban: dinero.

Y si luchaban así por cien dólares, lucharían como una manada de lobos por el premio de veinte mil del concurso de preguntas. Jupe habría de necesitar hasta el último grano de su inteligencia y determinación para vencerles. Ganar el premio en metálico no sería tan fácil como había dicho Milton Glass.

Jupe se dio cuenta de que ya no odiaba a los demás Granujas. Le resultaba difícil creer que aquéllos eran los mismos que le atosigaron y atormentaron años atrás. La idea de la venganza se desvanecía, pero no la de ganar.

Porque formaba parte del carácter de Jupiter no rehusar jamás un desafío. Y el Primer Investigador tenía la impresión de que pronto iba a enfrentarse con uno de los mayores retos de su vida.

# CAPÍTULO 3
# CINCO GRANUJAS Y UN LADRÓN

Después de comer, unos operarios se llevaron la mesa y, en su lugar, colocaron varias sillas giratorias formadas en semicírculo en el plató de la cocina.

Milton Glass, que debía ser el moderador de la charla, se sentó en el centro del semicírculo. Peggy estaba a un lado y Peladilla al otro. Jupe estaba sentado en un extremo junto a Sabueso. Pies Planos en el otro.

Se encendieron los focos, que cayeron sobre Jupe como una docena de soles interiores. Había comido muy poco del buffet libre: una pata de pollo frío y una cucharada de ensalada de patata. Aunque normalmente tenía muy buen apetito, hoy tuvo que esforzarse incluso para comer ese poco.

No es que estuviera nervioso. Se sentía tan cómodo en escena como cuando era niño. Bajo el calor blanco de las luces, frente a las lentes penetrantes de tres cámaras de televisión, sintió renacer todo su talento innato de actor, lo mismo que el buen nadador recobra su habilidad al sumergirse en aguas profundas.

La verdad es que la mente del Primer Investigador había estado demasiado ocupada para molestarse en pensar en la comida. Y todavía seguía demasiado atareada ahora mientras el director, Luther Lomax, sentado en la cabina móvil de control, daba la señal para empezar a rodar.

Jupe tenía un plan que tal vez le ayudase a ganar el premio del concurso. Era una estrategia que le parecía factible debido a la forma en que se había comportado desde que pisó los estudios. No lo hizo deliberadamente. Por lo menos al principio. Ocurrió así. Sin

apenas haber cruzado una palabra con nadie.

Los demás Granujas charlaban, pero Jupe no intervino en la conversación. Se limitó a escuchar. Ahora sabía muy bien cómo eran Peladilla, Pies Planos y Sabueso, pero ellos no podían saber cómo era él.

—Buenas tardes —dijo Milton Glass en tono alegre de bienvenida.

La charla había comenzado. Las tres cámaras de televisión filmaban simultáneamente mientras Luther Lomax observaba las pantallas de los monitores en la cabina móvil de control, cambiando de una cámara a otra, eligiendo los ángulos que más le gustaban.

—Quiero que conozcáis a algunos viejos amigos vuestros —continuó Glass—. Los habéis visto por esta cadena durante varias semanas, y nos habéis escrito cientos de cartas hablando de ellos, preguntándonos qué hacían ahora. Pues bien, podréis preguntárselo vosotros mismos porque están aquí. ¡Con nosotros…!

Hizo una breve pausa admirativa y sus dientes resplandecieron como la luz de un *flash*.

—¡… los Granujas!

Mientras hablaba se había proyectado la fotografía de los pequeños en grupo en una mampara blanca que había tras ellos. Milton Glass continuó explicando que lo sentía mucho, pero que uno de los Granujas, el jovencito que representaba a Orejas Gachas, no estaría allí hoy. Los estudios habían hecho lo imposible para localizarlo, pero al parecer ya no vivía en California.

—Tal vez esté en la cárcel —dijo Peladilla, dándoselas de gracioso.

Milton Glass ignoró la sugerencia con una sonrisa embarazosa. Pidió a los Granujas, uno por uno, que se presentaran. Peggy fue la primera.

—A mí me conocéis como Monísima Peggy —dijo—. Pero de eso hace ya mucho tiempo, y como todos podéis ver ahora soy sólo Peggy.

—Oh, vamos —Glass dirigió su sonrisa hacia ella—. No debes ser tan modesta, Peggy. Sigues siendo tan bonita como una flor.

Peggy no le devolvió la sonrisa.

—En la actualidad prefiero que alaben mi inteligencia —replicó.

La risa de Milton Glass le sonó algo hueca a Jupe. El Primer

Investigador se reclinó en su asiento, mirando más allá de las cámaras a los electricistas y sus ayudantes que se hallaban reunidos alrededor del plató. Vio que Bob y Pete estaban entre ellos. Jupe sabía que ninguna de las cámaras le enfocaba todavía, porque Peladilla sería el siguiente en presentarse, de modo que se alzó de hombros ligeramente y les guiñó un ojo a los otros dos investigadores.

Jupe les hizo señas indicándoles que no se sorprendieran de lo que él pudiera hacer o decir cuando le tocase hablar. Los cristales de los lentes de Bob parecieron enviarle un destello de apoyo.

La mirada de Jupe se desvió un poco hacia la derecha.

Había visto otro rostro familiar detrás. Gordon Harker, el chófer negro y alto que los había llevado a los estudios se dirigía sigilosamente por la zona insonorizada hacia un grupo de focos apagados con sus báculos metálicos.

—Yo era el de la cabeza rapada —decía Peladilla—. Me figuro que me creíais bastante tonto —miraba a Milton Glass con sus ojos duros y penetrantes—. ¿Diría que he cambiado mucho?

«Le pasa a Glass la pelota», pensó Jupe. El presentador no perdió su buen humor ni por un instante. Haciendo caso omiso de la evidente hostilidad de Peladilla continuó sonriéndole como si fuera su personaje favorito.

—Tú hacías de Peladilla, ¿no es cierto? —preguntó en tono simpático.

—Eso es. Pero tal vez no fuese tan tonto como parecía. Quizá fuese sólo un buen actor. Cuestión de talento.

Sabueso y Pies Planos fueron los siguientes. Anunciaron los nombres de sus antiguos personajes como si repitieran los números de la Seguridad Social.

—Sabueso.

—Pies Planos.

Milton Glass intentó hacer hablar un poco más a Pies Planos.

—¿Por qué el apodo de Pies Planos? —le preguntó.

—Porque así era como me llamaban.

—Sí, pero ¿por qué?

—Es lo que estaba escrito en el guión.

La sonrisa de Milton Glass perdió cincuenta lux por un instante.

Le había llegado el turno a Jupe.

—¿Y quién eras tú? —le preguntó Milton Glass con jovialidad.

—Yo so… soy Jupiter Jones —tartamudeó con una sonrisa.

—Sí, ese eres tú ahora. ¿Pero quién eras entonces?

—Ju… Jupiter Jones. Siempre he sido Ju… Jupiter Jones.

Jupe había arrugado la frente con aire preocupado. Como investigador había encontrado muy útil fingirse idiota. Era un papel que le iba muy bien. Pero jamás lo representó con tanta maestría como ahora. Empleó todo su talento de actor para dar la impresión de que era lo bastante tonto como para no entender algunas preguntas. Cuando Milton Glass le preguntó qué papel había representado en la serie de los Granujas, Jupiter fingió no entender y sacudió la cabeza.

—Yo era sólo un be… bebé —tartamudeó al fin—. No me acuerdo mucho.

Milton Glass tuvo que hacer su presentación.

—Jupiter Jones era Bebé Fatty —anunció—. Y mucha gente cree que fue el mejor actor de los Granujas.

Una vez acabadas las presentaciones, Milton Glass comenzó a preguntar a sus invitados qué hacían en la actualidad.

—Soy recepcionista en San Francisco —le dijo Peggy.

—Y estoy seguro de que muy eficiente. Debe de ser un alivio para la gente entrar en una oficina y ver tu agraciado rostro. Todos deben de sonreírte con simpatía.

—A mí no —Peggy meneó la cabeza—. ¿Ha visto a alguien sonreír en la consulta de un dentista? —Glass comprendió que había llegado a un punto muerto. Así que lo intentó por otro lado.

—De manera que no continuaste tu carrera en el mundo de espectáculo —sonrió—. ¿Lo dejaste?

—Me olvidaron —le contradijo Peggy tranquilamente—. No han vuelto a ofrecerme un papel en el cine desde que tenía diez años.

—Supongo que tus padres querrían que fueses al colegio y llevases una vida normal…

Peggy volvió a menear la cabeza.

—No, en absoluto. Siempre me empujaban para que volviera a actuar. De todas formas, en aquel entonces me era imposible llevar una vida normal.

Glass no le preguntó por qué, pero Peggy se lo dijo de todas maneras.

—Durante años la gente me reconocía por la calle. «¿No eres Monísima Peggy? Te recuerdo. Oh, eras tan mona». Hasta me daba miedo salir de casa. Y en el colegio era todavía peor. ¿Quiere que le diga la verdad?

Su anfitrión asintió sin dejar de sonreír, aunque había una mirada en sus ojos que hizo pensar a Jupiter que la verdad era lo último que Milton Glass deseaba escuchar.

—Si alguna vez tengo un niño, preferiría que fuese sepulturero antes que actor. Es un trabajo seguro y tiene más porvenir.

—Hablando de porvenir —dijo el presentador, aprovechando la coyuntura para cambiar de tema—, ¿tienes algún plan especial para tu futuro, Peggy?

—Sí —contestó—. Me gustaría ir a la universidad, si consigo reunir bastante dinero. Estoy harta de ser sólo una cara bonita. Quiero desarrollar mi inteligencia para poder hacer algo interesante y útil en la vida.

—Estoy seguro de que lo harás.

Con una sonrisa de alivio, Glass hizo girar su silla para encararse con Peladilla.

Si esperaba celebrar una entrevista más sencilla y jocosa con Peladilla que con Peggy, pronto se decepcionó. Resultó que Peladilla trabajaba en un garaje como mecánico. E insistió en describir su trabajo con todo detalle.

—Me tumbo de espaldas debajo de los coches de los demás, y las gotas de aceite caen en mis ojos, mis uñas se llenan de grasa y se me cansan tanto los brazos de manejar esas condenadas llaves, que…

—¿Qué te parecería volver a hacer películas? —Glass trataba de llevarle hacia otro tema más alegre—. Después de todo tú mismo dijiste que eras muy buen actor cuando eras niño.

—¡Uf, actor! —Peladilla pareció escupirle la palabra a la cara—. ¿Sabe cuántos actores están sin trabajo en esta ciudad?

Al parecer Milton Glass no lo sabía. Y si lo sabía, no deseaba hablar de ello.

—¿Tuviste los mismos problemas que Peggy? ¿Te reconocían por la calle?

Peladilla tuvo que confesar que no.

—Después de que dejaran de raparme, me dejé crecer el cabello

para esconder mis famosas orejas movibles, y me imagino que estaba tan cambiado que ni mi propia madre me hubiera reconocido.

Milton Glass no le preguntó a Peladilla si tenía algún proyecto especial para el futuro. Por lo que a Jupe respecta, no era necesario que se le dijeran. Él sabía cuáles eran los planes inmediatos de Peladilla. Ganar los veinte mil dólares del premio por el medio que fuese.

El presentador continuó con Pies Planos y Sabueso. Pies Planos estaba sin empleo «casi todo el tiempo». Pero Sabueso resultó una agradable sorpresa para Milton Glass. Se había graduado en la escuela superior y estaba ahora cursando su primer año universitario.

—Me figuro que tuve suerte —dijo—. Mi padre es abogado. Y, de todas formas, él nunca quiso que yo fuese actor infantil. Un cliente suyo, que era productor de cine, le convenció. Pero una vez que mi padre vio la serie, lamentó haberme metido en eso.

Glass le preguntó a Sabueso si su rostro famoso le había hecho difícil la estancia en el colegio.

—Durante un tiempo sí —recordó Sabueso—. Tenía los ojos tan caídos… Pero cuando llegué a los catorce años, ya no se notaba tanto. Y entonces la gente ya se había olvidado de los Granujas.

Le llegó el turno a Jupiter de nuevo.

—¿Y qué haces tú ahora? —le preguntó Milton Glass.

Jupe le miró con expresión estúpida.

—No hago nada. Estoy aquí sentado —repuso.

—Me refiero a, ¿qué haces en la vida?

—Oh —dijo Jupe—. Oh, yo vivo en Rocky Bea… Beach.

—¿Podrías decirme qué haces allí?

La pregunta pareció desconcertar a Jupe, que se rascó la cabeza mientras se removía inquieto en su silla. Luego admitió que por lo menos algunas veces se bañaba en la playa.

—¿Pero no vas a la escuela? —Nada parecía poder empañar la brillante sonrisa de Milton Glass, pero había una evidente nota de impaciencia en su voz.

—Durante la vacaciones de verano, no… no —le informó Jupe.

Después de esto Glass se dio por vencido. No preguntó qué planes tenía Jupe para el futuro.

La primera parte de la charla había terminado, pero todavía quedaban seis minutos por llenar.

Glass dirigió su sonrisa hacia las cámaras.

—Ahora, voy a pedir a nuestros invitados que hablen del pasado —anunció—. Estoy seguro de que todos tienen divertidas e interesantes historias que contarnos de los viejos tiempos cuando eran los Granujas.

Y de nuevo comenzó Peggy.

—Lo que más recuerdo es la peluquera. Solía cepillarme el pelo con tal fuerza que daba dolor de cabeza.

Peladilla recordaba su paga.

—Solían pagarnos los viernes por la noche —recordó—. Entonces nos pagaban en efectivo. Nos daban un sobre marrón atado con un cordel rojo.

—Supongo que debía ser un día muy feliz para ti, ¿no? —le apremió Milton Glass.

—Para mí, no —le contradijo Peladilla—. Para mi padre. Era el único día que se acercaba por allí. Para quitarme la pasta.

Pies Planos recordaba que tenía que llevar unos zapatos muy grandes.

—Tenía que rellenarlos de papel de seda para que no me cayeran. Y me iban tan grandes que me hacían ampollas.

Sabueso recordaba los días que no tenía rodaje.

—Mi padre se tomaba la tarde libre también —dijo—. Solíamos ir al fútbol o a la playa. Cielos, ambos contábamos las semanas para que finalizara el contrato.

Jupe no fue capaz de recordar nada en absoluto.

—Era sólo un be… bebé —insistió. Dijo que no recordaba haber actuado jamás, y que nunca había oído hablar de Bebé Fatty hasta que lo vio en televisión hacía unas semanas—. Y entonces alguien me dijo que era yo —declaró.

—Entonces debió ser toda una revelación para ti —Glass acompañó sus palabras con una risa hueca.

Había elegido una palabra desafortunada. Era evidente que Jupe no sabía lo que era una revelación. Cuando su anfitrión le hubo explicado el significado de la palabra, no quedaban más que tres minutos.

Glass se puso en pie de cara a las cámaras.

—Y ahora tengo una sorpresa para todos vosotros —dijo sonriente—. Para agradecer a los Granujas su presencia ante las cámaras de televisión, voy a regalar a cada uno de ellos una muestra del aprecio de estos estudios. Trixie, por favor.

Volvió ligeramente la cabeza hacia una rubia muy atractiva con falda corta que entró por una puerta de la cocina. Traía una gran caja cuadrada envuelta en papel dorado.

Sostuvo la caja mientras Milton Glass desataba la cinta y quitaba el papel.

Se detuvo un segundo antes de alzar la tapa con gran solemnidad.

—Cada uno de vosotros va a recibir un regalo muy valioso —anunció con su sonrisa más amplia y cálida— que espero que guardéis como un tesoro durante el resto de vuestras vidas.

Hizo otra pausa antes de decirles de qué se trataba.



—Una copa de plata de ley grabada con vuestro nombre y el título de la serie que hicisteis tuviera un éxito tan clamoroso… los Granujas.

Quitó la tapa y se la entregó a Trixie. Se inclinó sobre la caja y metió la mano dentro. Agarró la caja y la sacudió. Cayó de sus manos y quedó en el suelo con la parte abierta de cara a las cámaras.

La caja estaba vacía. Desde luego allí no había ninguna valiosa copa de plata de ley.

El Primer Investigador observaba el rostro del presentador. Por primera vez desde que Jupe le había conocido, Milton Glass no sonreía.

# CAPÍTULO 4
# Y SE HIZO LA LUZ

—No lo dan —dijo Bob.

—¿Estás seguro de que era este canal? —preguntó Pete.

Bob asintió.

—Se suponía que iban a darlo a las cinco menos cuarto, antes de las noticias. Venía anunciado en el periódico. Pero lo único que dan es una película antigua del Oeste.

Después de regresar a Rocky Beach en la limusina conducida por el chófer, los Tres Investigadores habían ido directamente al puesto de mando.

Pete se sentó en la mecedora y puso los pies sobre el asiento.

—Me figuro que habrán decidido cancelarlo después del robo de las copas —sugirió—. ¿Qué opinas tú, Jupe?

Jupe no contestó. Estaba repantigado en su butaca detrás del escritorio, pellizcándose el labio inferior. Era una vieja costumbre; decía que le ayudaba a pensar, y ahora lo hacía intensamente.

Bob desconectó el aparato de televisión donde había estado tratando de sintonizar la anunciada emisión «De charla con los Granujas». Dos vaqueros cabalgando con sombrero negro desaparecieron por la pantalla.

—Siguen estando allí —dijo Jupe pensativo.

—¿Quiénes? —Bob sentado en su taburete se apoyó contra la pared.

—No quiénes… Qué —le corrigió el Primer Investigador—. Esas preciosas copas de plata que iban a darnos, siguen estando allí.

—¿Que todavía están allí? —preguntó Pete.

—Lo registraron todo antes de que saliera nadie del Estudio

Nueve —explicó Jupe—. Y volvieron a registrar la limusina en la puerta de los estudios. Quienquiera que robase las copas no pudo sacarlas de allí. De manera que siguen allí, escondidas en algún lugar del estudio insonorizado.

—Y a propósito, ¿por qué le llaman insonorizado? —quiso saber Pete.

—Porque hace años, cuando las películas comenzaron a ser habladas —explicó Jupe—, los estudios tuvieron que instalar salas a prueba de ruidos.

—Bien, creo que tienes razón con las copas —dijo Pete. Sabía por experiencia que el Primer Investigador casi siempre acertaba cuando llegaba a una conclusión—. Pero ¿a ti qué te importa? Tú no querías la tuya, ¿verdad? ¿Qué ibas a hacer con una preciosa copa de plata después de todo?

—Especialmente al sentir lo que sientes por los Granujas —le recordó Bob, y sonrió al rememorar la representación de Jupe de aquella tarde—. Desde luego demostraste a Milton Glass lo que piensas de todo su montaje publicitario por el modo de hacerte el tonto durante su programa.

—Yo no intentaba demostrar nada a Milton Glass —repuso Jupe pensativo—. Sencillamente, trataba de darles más confianza a Peladilla y Sabueso.

—¿Cómo? —Pete no comprendía de qué hablaba.

—Es lo mismo que en esgrima —le dijo Jupe—. Si tú crees que el hombre que tienes delante no es capaz de distinguir una espada de su vaina, es posible que sientas la tentación de bajar la guardia.

—Dímelo en cristiano —le sugirió Pete. Jupe tenía tendencia a hablar de un modo demasiado complicado para que los otros dos investigadores le siguieran.

—Si los otros participantes en el concurso de preguntas piensan que soy tan tonto que casi no recuerdo mi propio nombre —explicó Jupe con paciencia—, no se esforzarán tanto para vencerme.

—Sí —convino Pete—. Comprendo lo que quieres decir.

Bob se limpiaba las gafas con un pañuelo y asintió con admiración. Ahora la cosa tenía sentido.

—Sin embargo —continuó Jupe al cabo de unos momentos—, el robo de esas copas parece haber cambiado algo las cosas.

—Quieres decir que ahora tenemos un caso que investigar —dijo

Bob—. ¿Te refieres a eso, Jupe?

Sabía que, en cuanto a Jupe se le presentaba un problema, cualquier rompecabezas, nada podía distraerle hasta que lo había resuelto. Bob también sentía lo mismo; y Pete. Al fin y al cabo, se hacían llamar los Tres Investigadores, y ningún investigador de verdad volvería la espalda jamás a un caso. Si algo había sido robado, era cuestión de averiguar quién lo hizo.

—¿Tienes ya alguna idea, Jupe? —le preguntó Pete.

El Primer Investigador no respondió. Había descolgado el teléfono y, tras consultar una tarjeta de visita, marcó pausadamente un número que figuraba en ella.

—Oiga —dijo—. ¿Coches de alquiler? Aquí Jupiter Jones. Me han asignado uno de sus chóferes para llevarme al «Concurso de los Granujas». Se llama Gordon Harker. ¿Podría hablar con él, por favor?

Hubo un silencio hasta que el chófer acudió al teléfono.

—Hola, señor Harker —le dijo Jupe—. Siento volver a molestarle, pero acabo de recibir una llamada de los estudios y quieren que vaya allí… Sí, en seguida… de acuerdo, gracias. Le estaré esperando en la puerta.

—¿Vas a volver a los estudios? —Pete bajó los pies y se levantó —. ¿Pero cómo vamos a entrar allí, Jupe? Quiero decir, que no nos esperan. Porque la verdad es que no te han llamado…

—No, me temo que he faltado a la verdad —Jupe metió la mano en su bolsillo y sacó un pedazo de papel—, pero nos dejarán entrar porque tengo el pase de los estudios. Lo cogí del limpiaparabrisas de la limusina cuando regresamos aquí. Temí que Harker quisiera utilizarlo.

No explicó más por el momento y, cuando Bob y Pete trataron de interrogarle durante el trayecto hasta los estudios, sacudió la cabeza enérgicamente conminándoles a guardar silencio.

En la puerta de entrada, Jupe mostró su pase al guarda, que les dejó entrar sin hacer preguntas. La limusina avanzó por la calle de edificios famosos, ahora desierta, y se detuvo delante de la puerta del Estudio Nueve. Harker abrió la portezuela de atrás para que se apearan los muchachos.

—Probablemente tardaremos sólo unos minutos, o media hora a lo sumo —le dijo Jupe al chófer.

—De acuerdo —Harker volvió a ocupar el asiento tras el volante —. Esperaré al final de la calle con el coche hasta que me necesiten.

Jupe aguardó a que la limusina se alejara antes de dirigirse a la puerta acolchada. Sabía que no estaría cerrada. Los estudios permanecían siempre abiertos, según recordaba de sus tiempos de actor infantil, para que los obreros del turno de noche puedan desmontar o preparar nuevos platós para el rodaje del día siguiente.

En el interior, el enorme estudio insonorizado estaba casi a oscuras. Sólo algunas bombillas, que daban una luz muy escasa, colgaban de la galería, un balcón metálico que corría en lo alto y alrededor del enorme edifico.

Jupe sacó una linterna de su bolsillo para alumbrar el camino ante él mientras se abría paso entre la maraña de cables eléctricos que cubrían el suelo.

Bob y Pete le siguieron hasta el plató de la cocina situado al fondo. El Primer Investigador se detuvo allí, iluminando las paredes con su linterna.

—Ahora, veamos —dijo Jupiter tan bajito que cualquiera hubiera dicho que hablaba para sus adentros—. La mesa del bufé libre estaba aquí… Luego se la llevaron… por allí, y colocaron las sillas giratorias en su lugar. Y todo el tiempo la caja dorada con las preciosas copas debió estar fuera del plató.

Se dirigió hasta la puerta del plató por la cual había entrado la joven rubia con la caja que entregó a Milton Glass.

Jupe abrió la puerta y salió seguido de sus amigos.

—Probablemente estaría aquí sentada… —La linterna de Jupe iluminó una tosca mesa que estaba a poca distancia—. Pero esta puerta no se abrió mientras estuvimos en la cocina, hasta que entraron la caja. Los camareros, cámaras y todo el mundo entró en la cocina por el mismo sitio que nosotros, por el otro extremo del plató. Y habían ayudantes, electricistas, y mucha gente de pie alrededor. De manera que… —miró a Bob y a Pete—. ¿Qué opináis?

—Pues que, quien robase las copas no pudo llevarlas a la cocina y esconderlas allí —sugirió Pete—. Hubiera tenido que sacarlas de la caja y atravesar la barrera de gente que estaba ante la puerta que daba a la cocina.

—Cierto —asintió Jupe—. Ahora supongamos que yo soy el ladrón —se dirigió hasta la mampara del extremo, la que formaba

la pared de la cocina hasta el espacio abierto donde el equipo de cámaras se había reunido durante la comida, y prosiguió—: Estoy aquí rodeado de gente. Pero si me deslizo hasta esa mesa donde estaba la caja, quedo al otro lado, detrás del plató y nadie me ve.

Dicho eso se acercó a la mesa, iluminando siempre el camino con su linterna.

—La puerta que da a la cocina está cerrada y no hay razón para que entre alguien. De modo que tengo mucho tiempo para abrir la caja, sacar las copas y envolverla otra vez con el papel dorado.

Siguió todos los movimientos con sus manos.

—De manera que estoy aquí con cinco copas de plata —prosiguió—. Llevo un saco o algo donde meterlas. Pero está toda esa gente al otro lado de la mampara, asi que…

—Que tienes que esconderlas por aquí —concluyó Bob por él.

Dirigió la linterna por todas partes, iluminando un montón de cables, varias latas grandes de pintura y un pesado arcón de madera.

Jupe permaneció donde estaba, mientras los otros dos investigadores iban directamente hacia el arcón.

En su interior no había más que algunas herramientas de carpintero. Nada encontraron tampoco debajo de los cables ni dentro de las latas de pintura vacías.

Bob y Pete se volvieron a mirar al Primer Investigador. Él no les prestaba atención. De pie junto a uno de los focos móviles, examinaba la rosca manual de su alto báculo metálico.

Jupe se puso repentinamente tenso al mirar hacia arriba donde estaba una gran caja negra que resguardaba al reflector.

—Echadme una mano —les dijo.

Los otros dos investigadores corrieron hacia él. Aflojaron el tornillo que mantenía el báculo extendido, y luego bajaron el foco despacio hasta que Jupe pudo alcanzarlo. Encontró el pestillo y abrió la caja. Se asomó a su interior.

De pronto cientos de vatios de luz parecieron encenderse a la vez hasta converger en un solo haz.

¡Todo el plató donde estaba la cocina quedó bañado de luz!

# CAPÍTULO 5
# EMERGE UNA SOSPECHA

Los Tres Investigadores permanecieron inmóviles bajo las luces. Bob y Pete sujetaban todavía el báculo de metal. Jupe tenía la mano dentro de la caja del reflector.

—Está bien —dijo una voz enérgica—. Quedaros donde estáis.

Los muchachos no se movieron mientras Luther Lomax, el director de «Los Granujas», se alejó de la caja de control y atravesó el estudio para acercarse a ellos.

Se detuvo unos metros antes con los ojos fijos en Jupe. Ahora no era necesaria la linterna. Todos podían ver el interior de la caja del foco, y cómo la mano de Jupe tocaba las cinco copas de plata colocadas en el espacio detrás del foco.

—De manera que ahí es donde las escondisteis —dijo Luther Lomax. Les había parecido viejo y acabado aquella tarde durante la comida, pero ahora su voz tenía un tono autoritario que a Jupe le recordó su modo de dar órdenes a los Granujas cuando dirigió la serie.

—Esas copas han costado a los estudios dos mil dólares —continuó Lomax—. Y vosotros tres las habéis sacado de su caja esta tarde para esconderlas en la caja de ese foco cuando nadie os miraba.

—No —dijo Jupiter Jones—. Yo no las escondí aquí, señor Lomax. Acabo de encontrarlas —sacó las copas de plata de detrás del reflector y se las fue entregando una a una al director.

—Tendrás que inventar una historia mejor que ésta —Lomax puso las copas encima de la mesa—. La única persona que sabía donde encontrar esas copas, es quien debió robarlas.

—Yo no las robé —el Primer Investigador alzó un poco la voz. Sentíase profundamente indignado—. Sencillamente imaginé dónde las puso el ladrón. Bob, Pete y yo discutíamos el caso en el puesto de mando…

—¿Puesto de mando? —le interrumpió el director con acritud—. ¿Qué significa eso de puesto de mando?

—Es donde nos reunimos para trabajar y resolver nuestros casos —explicó Jupe.

—¿Qué casos? —Luther Lomax había alzado la voz—. Ahora me diréis que sois detectives.

—No, no somos detectives —admitió Jupe—, sino investigadores.

Sacó una tarjeta del bolsillo de su camisa y se la entregó al director. La había impreso él mismo en una vieja imprenta manual que tío Titus había comprado como chatarra para su negocio. La tarjeta decía así:

**LOS TRES INVESTIGADORES**

*"Investigamos Todo"*

? ? ?

| | |
|---|---|
| *Primer Investigador* | Júpiter Jones |
| *Segundo Investigador* | Pete Crenshaw |
| *Tercer Investigador* | Bob Andrews |

Debajo aparecía el número de teléfono privado del Patio Salvaje.

La gente solía preguntar qué significaban los tres interrogantes. La respuesta era… misterios sin resolver, problemas sin solución. Luther Lomax no preguntó nada. Miró la tarjeta como si fuese una moneda de madera.

—Esto no prueba nada —dijo—. Podrías llevar una tarjeta impresa diciendo que eres el presidente de los estudios. No

demuestra que no hayas robado esas copas.

—Pero no lo hicimos —insistió Bob—. Cuando vinimos aquí ni siquiera sabíamos donde estaban escondidas.

—Creíamos que podrían estar en alguna de esas latas de pintura vacías —dijo Pete, aproximándose.

—Luego, a Jupe se le ocurrió que podrían estar en el foco —continuó Bob—. ¿Por cierto, Jupe? ¿Cómo lo adivinaste?

—Estaba demasiado alto —explicó el Primer Investigador con aire ausente—. Era el único foco que tenía el báculo completamente extendido. Y me pregunté por qué.

Hablaba como si su mente estuviese en otra parte. Miraba al director con expresión pensativa. La verdad es que trataba de encontrar algún medio de convencer a Luther Lomax de que Bob, Pete y él eran realmente investigadores y no ladrones. Era evidente que el director no iba a creerles. Pero tal vez escuchase a otra persona.

—Señor Lomax, ¿conoce usted a Héctor Sebastián? —le preguntó.

—¿El escritor de novelas de misterio? He oído hablar de él. ¿Por qué?

—Es un buen amigo nuestro. Y conoce todo lo referente a nosotros y a nuestro trabajo como investigadores. Se interesa mucho por nuestros casos.

El director todavía sostenía en la mano la tarjeta de los Tres Investigadores. La estrujó con impaciencia antes de arrojarla al suelo.

—¿Qué esperáis que haga? —preguntó—. ¿Pedir a Héctor Sebastián referencias vuestras?

—¿Por qué no?

Lomax vacilaba.

—No he hablado nunca con ese hombre y ni siquiera sé su número de teléfono.

—Yo sí —Jupe sacó un lápiz y otra de sus tarjetas de su bolsillo y escribió el número en el dorso—. Estoy seguro de que no le molestará que usted le llame —dijo.

Lomax vaciló todavía unos instantes y al fin se dirigió al teléfono que estaba en la pared más alejada del estudio insonorizado.

Los Tres Investigadores observaron cómo marcaba el número y

luego, aunque no podían oír lo que decía a causa de la distancia, sí se dieron cuenta de que hablaba por el aparato mucho más tiempo de lo previsto.

Sonreía, cuando al fin colgó y se acercó a ellos.

—Recordaba mi nombre —dijo el director con sorpresa, pero complacido—. No creía que se acordase. Veréis, cuando los estudios decidieron hacer una película de su novela Extraño legado, yo esperaba dirigirla y entonces… —se encogió de hombros con resentimiento—… los estudios creyeron más oportuno que la dirigiera un hombre más joven —volvió a sonreír—. Hace ya algunos años, pero Héctor Sebastián ha recordado en seguida quién era yo.

—¿Pero qué dijo de nosotros? —preguntó Pete.

—Oh —Luther Lomax sacudió la cabeza como si quisiera volver al presente—. Oh, sí. Está bien. Dijo que es imposible que vosotros robarais esas copas. De manera que, si queréis iros a casa, yo me encargaré de que sean devueltas al departamento de publicidad.

Jupe le dio las gracias por haber hecho la llamada.

—De nada —le respondió el director—. Ha sido un gran placer hablar con Héctor Sebastián. La gente olvida con mucha facilidad en este negocio. Pero él se acordaba de todo lo referente a mí, y de todas las buenas películas que he dirigido.

Jupe hizo señas a Pete y a Bob y los tres atravesaron el estudio insonorizado para encaminarse a la puerta de salida, dejando al director todavía sumergido en sus propios pensamientos bajo la luz de los reflectores del plató.

—¿Qué opinas, Jupe? —le preguntó Pete en cuanto salieron a la calle.

El Primer Investigador no contestó en seguida. Se pellizcaba el labio inferior.

—¿Qué te parece todo esto? —le apremió Bob—. ¿Quién crees que robó las copas?

Jupe ignoró la pregunta de su amigo.

—Esos focos… —dijo pensativo—. Alguien debía estar seguro de que no iban a usarse —se detuvo, y los otros dos investigadores lo hicieron también bajo la sombra del enorme estudio—. Tal vez por eso esperó a que las cámaras estuviesen rodando… —frunció el entrecejo—. Pero no estoy seguro.

—¿Peladilla? —sugirió Pete—. ¿O tal vez Pies Planos?

—No estoy seguro —repitió Jupiter Jones—. Hay varios aspectos muy intrigantes en este caso.

—¿Sí? ¿Cuáles? —quiso saber Bob.

—Ante todo… —el Primer Investigador se tocó el pulgar con un dedo de la otra mano—, nuestro chófer, Gordon Harker.

—¿Por qué? —preguntó Pete— ¿Qué tiene de intrigante?

—La memoria —explicó Jupe—. El guarda le reconoció esta mañana, de modo que Harker debe venir con frecuencia a los estudios. Pero no recordaba dónde estaba el Estudio Nueve. Tuvo que preguntarlo.

El Primer Investigador echó a andar hacia la limusina aparcada al final de la calle.

—A menos que Harker estuviera fingiendo —dijo—. A menos que supiera que iban a regalarnos esas copas durante el programa y quisiera hacernos creer que ni siquiera sabía donde estaba el estudio.

—¿Acaso crees que las había robado él? —preguntó Bob.

Jupe frunció el ceño.

—No acuso a nadie —repuso pensativo—, por lo menos, de momento. Pero yo vi a Gordon Harker salir por detrás del plató de la cocina, poco antes de que comenzara la charla televisada.

# CAPÍTULO 6
# JUPE HACE UNAS PESQUISAS

A la mañana siguiente, en cuanto hubo terminado de desayunar y ayudado a tía Matilda a lavar los cacharros, Jupiter se encaminó a su banco de trabajo del Patio Salvaje. Debía estar en la cadena de televisión a las dos de la tarde para grabar la primera parte del concurso.

En la mayoría de concursos de preguntas, los concursantes pueden elegir los temas. Seguramente habría varios: historia, deportes, personajes famosos, y demás. Cada Granuja elegiría uno de ellos y luego le harían las preguntas sobre el tema elegido.

Se detuvo junto a su banco de trabajo, preguntándose cuáles serían los temas en el «Concurso de los Granujas». Esperaba que uno de ellos fuese Ciencias, su mejor asignatura en el colegio.

Peggy había intentado preguntárselo a Milton Glass ayer durante la comida, pero el jefe de publicidad se negó a decirle nada respecto a cómo sería el concurso ni de qué temas trataría.

—Es una sorpresa —le había dicho.

Esparcidas por la mesa de trabajo, cubierta por un revestimiento de hojalata, estaban las diversas partes de varias cámaras fotográficas viejas que tío Titus comprara un día. Utilizando la lente de una y el obturador de otra, Jupe estaba montando lo que quería ser una cámara secreta especial para «investigadores»… que pudiera ocultarse debajo de la solapa de su chaqueta y tomara fotografías a través del ojal. Era muy habilidoso y disfrutaba haciendo cosas nuevas con piezas viejas.

Llevaba trabajando sólo unos minutos, cuando de pronto se enderezó y dejó sus herramientas. Una luz roja parpadeaba encima

de su banco de trabajo, lo cual significaba que el teléfono sonaba en el puesto de mando.

A unos pocos pasos había una parrilla antigua metálica que daba la impresión de apoyarse contra un montón de chatarra. Detrás de ella estaba la entrada de una gran tubería acanalada. Era el Túnel Dos, una de las entradas secretas al puesto de mando.

Lo más deprisa que pudo, Jupe deslizó su rechoncho cuerpo por el interior de la tubería y fue avanzando hasta llegar a la puerta de la trampa del remolque.

Agarró el teléfono.

—Jupiter Jones al aparato.

—Aquí Luther Lomax. Espero no molestarte.

«¡Qué extraño, cómo cambia la voz de Luther Lomax de un momento a otro!», pensó Jupe. Anoche, en el estudio insonorizado, cuando había acusado a Jupe y sus amigos de robar las copas de plata, la voz de Lomax tenía aquella autoridad que Jupe recordaba de sus días de Bebé Fatty. Luego, minutos más tarde, cuando Lomax explicó que había sido rechazado como director de Extraño legado, su voz sonó cansada y derrotada. Como ahora.

—En absoluto —repuso Jupe—. Celebro oírle, señor Lomax. Me preguntaba si ya han encontrado a quien robó las copas de plata.

—No, todavía no. Por lo menos, no exactamente. Por eso quería hablar contigo —la voz del director recobró algo de su tono autoritario—. Es demasiado complicado para explicártelo por teléfono. ¿Podrías acercarte a los estudios y lo discutiríamos despacio?

—Desde luego —contestó Jupe—. ¿A qué hora quiere que esté allí?

—Ven a las once. A las once en punto. Pregunta por mí en recepción —hizo una breve pausa—. ¿Vendrán tus amigos?

—No, me temo que tendré que ir solo —le dijo Jupe.

«Que mala pata que Pete y Bob no puedan ir tan temprano», pensó después de colgar. Sabía que iban a pasar la mañana a la playa. Le pidieron que les acompañara, pero no le apetecía el largo trayecto en bicicleta y el tremendo esfuerzo de nadar contra el oleaje. Deseaba estar lo más descansado posible para el concurso.

Llamó a la madre de Bob para ponerla al corriente del cambio de plan, y le prometió enviarle en seguida la limusina para que

recogiera a Bob y Pete y pudieran llegar a los estudios de televisión a tiempo.

Cuando Jupe llamó a la compañía de automóviles, el propio Gordon Harker se puso al teléfono. Quedó en recoger a Jupe en la chatarrería dentro de treinta minutos.

Jupe se puso un traje oscuro, camisa blanca y corbata. Cuando llegó Harker, ya estaba esperando en la puerta. Fueron hasta Hollywood en silencio pero, cuando llegaron ante el enorme edificio de los estudios de televisión y el chófer le abrió la portezuela, Jupe pudo ver en la vacilación de Harker que éste tenía algo entre ceja y ceja. Algo que deseaba preguntar a Jupe.

El Primer Investigador esperó de pie en la acera.

—Nunca he visto un concurso —comenzó Harker—. Los celebran ante público, ¿verdad?

—Sí —repuso Jupe—. Me figuro que habrá unas doscientas personas contemplándolo en vivo.

—Debe de ser interesante —el chófer movió los pies con gesto nervioso—. ¿No tendrá alguna entrada que le sobre por casualidad? —preguntó.

Jupe sí tenía. Milton Glass le había dado cuatro entradas por si quería invitar a su familia a presenciar el programa. Tía Matilda y tío Titus había rechazado la invitación cortesmente. Bob y Pete tenían dos de aquellas entradas, y a Jupe le quedaban otras dos en el bolsillo, una de las cuales ofreció a Harker.

—Gracias —el chófer la cogió con avidez—. Muchísimas gracias. Recogeré a sus amigos más tarde y luego vendré a ver el programa. Y… bueno, buena suerte.

Cuando Jupe entró en el edificio, estaba pensativo. Gordon Harker cada vez le intrigaba más. ¿Por qué un hombre inteligente como Harker quería estar presente cuando un puñado de exactores infantiles contestaran una serie de preguntas estúpidas? ¿Y por qué se sentía tan violento? Quizás aquel hombre estuviera hechizado por el supuesto atractivo de la farándula, decidió Jupe. Eso le ocurría también a un montón de gente sensible.

La recepcionista envió a Jupe directamente al despacho de Luther Lomax. «Director invitado» rezaba en la puerta. El viejo director pareció contento de verle. Jupe se sentó frente a él y le miró por encima de la mesa.

—Cuando hablé con Héctor Sebastián anoche —comentó Lomax —, me dio muy buenos informes tuyos. No me refiero sólo a tu manera de ser. Naturalmente, me dijo en seguida que era imposible que hubieses robado algo —hizo una pausa breve—. ¿Te importa que te llame Jupiter?

—Casi todo el mundo me llama Jupe —le dijo éste.

—Jupe, entonces —el director continuó—. Héctor Sebastián me dijo también que tienes auténtico talento como detective. Mencionó que tú y tus amigos habéis resuelto varios misterios muy complicados.

Jupe asintió. La modestia no era una de sus cualidades sobresalientes, y era agradable saber que su amigo Héctor Sebastián compartía la misma alta opinión de sus cualidades.

—Así que, se me ha ocurrido, Jupe… —Lomax se detuvo unos instantes—, puesto que los estudios no desean que se haga publicidad por el robo de esas copas, naturalmente, y puesto que ni siquiera quieren poner el asunto en manos de la policía… —volvió a detenerse—, se me ha ocurrido que éste es un caso perfecto para que lo solucionéis tú y tus amigos. Si lográis descubrir quien es el ladrón, tendréis una pequeña recompensa.

Jupiter le dio las gracias.

—Nos interesa muchísimo encargarnos del caso, aun sin recompensa —añadió.

—Bien —Lomax se pasó los dedos entre sus finos cabellos blancos—, entre nosotros… y esto es estrictamente confidencial… Jupe, puedo decirte que tengo la firme sospecha de quién fue el autor del robo.

Jupe no dijo nada. Esperaba que el director continuase.

—Cuando iba a abandonar el estudio anoche —le dijo Lomax—, vi a alguien que salía corriendo por la puerta. Alguien que se asustó al oír mis pasos. Era ya casi de noche cuando salí afuera, pero vi a un joven que corría hacia la entrada de los estudios.

Jupe esperó de nuevo.

—No pude verle la cara —explicó el director—. Pero su manera de andar me resultó inmediatamente familiar. El modo de separar los pies hacia afuera, como Charlie Chaplin. Era ese muchacho que representaba al personaje Pies Planos.

—¿Cree usted que vino al estudio para llevarse las copas que

tenía escondidas? —preguntó Jupe. El director asintió.

—Es la respuesta más evidente, ¿no? ¿Qué otra razón pudo tener para venir aquí?

A Jupe no se le ocurría ninguna.

—Pero eso no prueba definitivamente que Pies Planos sea el ladrón, ¿verdad? —preguntó.

—No, pero es muy sospechoso —la voz del director había recuperado el tono autoritario. Enderezó los hombros—. Quizá no tenía derecho a hacerlo pero, por ser hoy domingo, que no hay rodaje, y sabiendo que el plató no volvería a utilizarse hasta el lunes, al marcharme cerré la puerta con un candado.

Sacó una llave de su bolsillo y la puso en el escritorio.

—Tengo la corazonada de que ese Pies Planos robó las copas —dijo con firmeza—. Y creo que volverá al estudio con la esperanza de encontrarlo abierto y para recoger las copas escondidas en el foco.

—Puede que tenga razón —replicó Jupe—. Al fin y al cabo no tenía motivos para saber que nosotros ya las habíamos encontrado.

—No. El departamento de publicidad tiene órdenes estrictas de no decir nada. —El director empujó la llave sobre la mesa hacia Jupe—. Tómala —le dijo—. Y no pierdas de vista a Pies Planos. Tal vez encuentres algún medio de atraparle. Y ahora, si me disculpas, tengo que hacer algunas cosas antes de que empiece el programa.

Jupe cogió la llave y se puso en pie.

—Vigila a Pies Planos —repitió Luther Lomax cuando el Primer Investigador abandonó su despacho.

Una vez en el pasillo Jupe miró su reloj. Todavía le quedaban dos horas antes de presentarse en el estudio de televisión que había arriba. Bajó en el ascensor hasta el vestíbulo y se acomodó en un sofá. La gente entraba y salía por las puertas de la calle, se detenía en el mostrador de recepción, y luego iba hacia los ascensores.

De pronto, Jupe se inclinó hacia adelante, tapándose la cara con sus manos.

Allí estaba la mismísima persona que Jupe debía vigilar.

Vio a Pies Planos pasar ante él y dirigirse al ascensor cuya puerta se cerró a sus espaldas. Jupe se levantó para observar el panel indicador donde las luces se encendían y apagaban según subía el ascensor, o se detenían ocasionalmente si el ascensor

paraba en algún piso.

Se detuvo en varios. Jupe no podía saber en qué piso se habría apeado Pie Planos. Era inútil tratar de seguirle. Jupe volvió al sofá y se sentó.

Una cosa sí sabía el Primer Investigador ahora: el estudio de televisión donde iba a grabarse el concurso de preguntas estaba en el piso diecisiete y el ascensor no se detuvo allí. Pies Planos no iba camino del estudio, de manera que cabía la posibilidad de que hubiese ido a visitar a alguien del edifico, y quedaba la esperanza de que volviera a pasar por el vestíbulo. Jupe decidió quedarse donde estaba, esperar y ver. No tuvo que aguardar mucho. Al cabo de apenas cinco minutos, Pies Planos volvió a pasar ante él llevando un sobre. Salió directamente a la calle.


4

Manteniéndose alejado para no ser visto, Jupiter le siguió. Al salir, tuvo el tiempo justo para ver a Pies Planos montar en una vieja motocicleta y alejarse por la avenida en dirección al estudio de la calle Vine.

Jupiter miró a su alrededor. Unos cuantos metros más allá una anciana se apeaba de un taxi delante del edifico de oficinas. Jupe aguardó a que hubiera pagado y luego se montó en el taxi.

—¿A dónde? —le preguntó el conductor.

Jupe se inclinó hacia adelante pensando deprisa. Si Pies Planos se dirigía al estudio insonorizado, como pensaba Jupe, ¿para qué seguirle hasta allí? Sería mucho mejor para Jupe llegar allí primero y esconderse antes de que llegara Pies Planos.

Dio al conductor la dirección de la calle Vine. A juzgar por el ruido del motor de aquella motocicleta estaba seguro de que el taxi iría mucho más deprisa que Pies Planos.

Y tenía razón. El taxi pasó a la moto en el segundo semáforo. Los estudios estaban a sólo dos kilómetros, justo a la salida del Boulevard Hollywood.

Jupe pagó al taxi ante la verja de los estudios, mostró su pase al guardia y corrió por la calle desierta de edificios famosos hasta la puerta del Estudio Nueve. Utilizando la llave que le diera Luther Lomax abrió el candado y entró.

El vasto estudio estaba sumido en la más completa oscuridad. Jupe deseó haber llevado consigo su linterna.

Pero no había tiempo para lamentaciones. Si Pies Planos se dirigía hacia allí para retirar las copas de plata robadas, llegaría de un momento a otro.

Dejó la puerta acolchada entreabierta para que entrara un poco de luz y se encaminó hacia el plató de la cocina que estaba al fondo del gigantesco edifico. No habría caminado más de diez metros cuando oyó un leve ruido a sus espaldas. Se volvió rápidamente para mirar hacia la puerta.

Ahora no entraba el menor resplandor de luz. La puerta había sido cerrada desde fuera.

Todo lo deprisa que pudo, en aquella total oscuridad, el Primer Investigador retrocedió hasta la puerta acolchada. La empujó. Volvió a empujarla con más fuerza. Apoyó su espalda contra ella y empujó ahora con todas sus energías.

No pudo moverla. Alguien había vuelto a colocar el candado. ¡Estaba encerrado! Jupe estaba atrapado en el enorme edificio a prueba de ruidos. Por mucho que gritara, nadie podría oírle. Y tampoco cabía la esperanza de que le rescataran por casualidad. Nadie volvería a entrar en el estudio insonorizado hasta que llegase el primer turno de obreros el lunes por la mañana. Y dentro de una hora y media Sabueso, Peggy y los otros comenzarían a grabar el primer «Concurso de los Granujas».

Jupe permaneció completamente inmóvil por espacio de un largo minuto. Su mente corría, pero no presa de pánico, sino siguiendo un orden metódico. Estaba trazando un plan, paso a paso. Uno. Dos. Tres.

Primer paso. Necesitaba luz.

Recordaba la noche anterior: Luther Lomax apartándose del panel de control después de haber sorprendido a los Tres Investigadores en el preciso momento que encontraban las copas.

Jupe palpó con cuidado la pared hasta llegar al otro extremo donde se hallaba el plató de la cocina. Le pareció que transcurría un siglo hasta que sus dedos tocaron la caja metálica con los interruptores. Encontró el pestillo y la abrió. Su mano tropezó con el mango de uno de los mandos. Lo empujó hacia abajo.

La cocina se llenó de luz.

Segundo paso. El teléfono.

Estaba sólo a unos pasos de él, sujeto a la pared. Jupe fue hasta allí y se llevó el auricular a la oreja. La línea estaba cortada.

# CAPÍTULO 7
# ¡ATRAPADO!

Mientras escuchaba el silencio mortal del aparato, el Primer Investigador no desesperó. En realidad no había esperado que funcionara. Quienquiera que le hubiese encerrado en el estudio insonorizado para apartarle del concurso tuvo que asegurarse de que no podría pedir auxilio por teléfono.

Tercer paso. Arreglarlo, si fuera posible.

Le fue bastante fácil descubrir dónde había sido cortada la línea, cerca del suelo. Pero quien lo hizo, realizó su trabajo a conciencia. No se había limitado a cortar el cordón, sino que arrancó un buen trozo.

La caja de herramientas de carpintero seguía estando en el suelo detrás del plató de la cocina, y en ella un buen par de alicates. Encontrar un trozo de cable en un estudio insonorizado no fue problema. Jupe cogió el que necesitaba de un foco pequeño.

Trabajando lo más deprisa posible, conectó de nuevo los dos cabos sueltos de la línea telefónica. Su corazón latía con fuerza cuando volvió a llevarse el auricular al oído. Quedaba la remota, pero temible posibilidad, de que la línea telefónica del estudio hubiera sido cortada también desde el exterior. Jupe escuchó uno de los sonidos más dulces que oyera jamás: la señal de comunicación.

Jupe comprendía que lo mejor era llamar a los estudios y pedirles que enviaran alguien con el duplicado de la llave para sacarle de allí, pero era fácil prever todas las preguntas y explicaciones que debería dar para conseguirlo. Decidió que aquella situación era mejor resolverla entre él y los otros dos

investigadores.

Pete acababa de llegar de la playa. Se puso al teléfono a la segunda llamada. Jupe le explicó dónde estaba y lo ocurrido.

—Llama a Harker y pídele que os traiga aquí en seguida —continuó—. Yo intentaré quitar un trozo del acolchado de la puerta para pasaros la llave por debajo.

Pete no perdió ni un segundo después de que Jupe hubo colgado. Telefoneó a la compañía de automóviles y habló con Harker. A los treinta minutos el chófer se detenía delante de la casa de Pete. Él y Bob, que había ido hasta su casa en bicicleta como respuesta a la llamada urgente de Pete, subieron a la parte trasera del automóvil.

Ahora los dos investigadores no podían hacer otra cosa que tratar de relajarse mientras la limusina se abría paso rápidamente entre el tráfico del sábado en dirección a Hollywood. Al fin enfiló la calle Vine y aparecieron ante su vista las verjas de los estudios.

Harker detuvo el coche cuando el guarda salió de su garita y se acercó al automóvil.

—Déjeme ver su pase —dijo.

Los dos investigadores se miraron perplejos. Ellos no tenían el pase. Lo tenía Jupe.

El Primer Investigador dio un empujón final al escoplo. Dejó las herramientas y quitó la delgada tira de madera que había cortado de debajo de la puerta y la puso junto a los trozos de acolchado que había arrancado previamente. Se tendió en el suelo y acercó cuanto pudo los ojos al suelo.

Estaba bien. Había superado el cuarto paso. Ahora podía ver una estrecha línea de luz por debajo de la puerta. En cuanto llegara Pete, Jupe podría pasarle la llave.

Jupe consultó su reloj. Las dos menos diecisiete. ¿Qué era lo que retenía a Pete? Ya debiera estar allí. ¿Habría tenido problemas con el chófer? ¿O tal vez le entretenía alguna otra cosa?

Con una sensación de intranquilidad, Jupiter Jones recordó sus propias sospechas respecto a Gordon Harker.

La limusina seguía detenida en la entrada.

—Tenemos un pase, pero nos lo olvidamos en casa —dijo Pete al guarda—. ¿No nos recuerda? Estuvimos aquí ayer cuando la reunión de los Granujas. Hemos venido a recoger a nuestro amigo Jupiter Jones.

El guarda meneó la cabeza con firmeza.

—Yo no sé nada —dijo—. No hay lista de visitas para hoy. Y no puedo dejaros pasar sin un pase.

—Pe… pero —tartamudeó Bob—. Pero nosotros tenemos…

No siguió adelante. Harker había abierto la puerta posterior del coche.

—Está bien, chicos —dijo—. Será mejor que os bajéis aquí.

Pete y Bob se apearon. Harker se volvió hacia el guarda.

—Ésta es la limusina de Milton Glass, de publicidad —le anunció —. Traje a esos chicos porque querían ver los estudios.

El guarda asintió.

—No creo que el señor Glass esté en su despacho… —comenzó a decir.

—Fue su secretaria la que pidió el coche —le atajó el chófer, y antes de que pudiera decir nada más cerró la portezuela. Pete estaba de pie junto a ella—. ¿Dónde está Jupiter? —le susurró Harker.

—En el Estudio Nueve —susurró Pete a su vez—. Está encerrado. Pásele la llave por debajo de la puerta.

El chófer volvió a sentarse al volante, y el guarda le dejó pasar. Pete y Bob vieron cómo el automóvil desaparecía por la calle de los edificios famosos.

«Jupe tiene razón —pensó Bob—. Hay algo misteriosos en Gordon Harker».

Jupiter seguía tumbado en el suelo, observando la franja de luz bajo la puerta del estudio cuando ésta desapareció.

—¿Pete? —preguntó Jupe.

—No, soy yo —el Primer Investigador sólo pudo oír la voz del hombre—. Su chófer, Gordon Harker. Páseme la llave.

Jupe vaciló un instante. Después de todo el trabajo que se había tomado para arreglar el teléfono y cortar la madera de la puerta, no quería entregar la llave a una persona equivocada. A alguien que pudiera marcharse tranquilamente, dejándole allí hasta el lunes. Incluso era posible que Harker le hubiera seguido al estudio

anteriormente, y que fuese él quien le encerró.

Volvió a consultar su reloj. Las dos menos doce minutos. No había tiempo para vacilaciones. Tenía que correr el riesgo y confiar en que el chófer estuviera de su parte. La suerte estaba echada.

Deslizó la llave por la rendija de debajo de la puerta. Se puso en pie y esperó.

La puerta se abrió.

Jupe, agradecido, salió a la radiante luz del sol.

—Gracias, Harker —le dijo.

—Será mejor que se apresure —le dijo el chófer—. Sus amigos están en la entrada. Los recogeremos y yo creo que podremos estar allí a las dos.

Y eso es lo que hicieron. Faltaban un par de minutos para las dos, cuando Jupe y los otros entraron corriendo en el gran edificio de la televisión y tomaron el ascensor.

Las puertas del estudio del piso diecisiete, donde iba a realizarse la grabación, todavía estaban abiertas. Un empleado uniformado acompañó a Jupe por el pasillo hasta el escenario.

Indicó el lugar que debía ocupar el Primer Investigador en un banco largo de madera colocado sobre un estrado como los de los jurados. Mientras el empleado sujetaba un micrófono a su corbata, Jupe miró de reojo a Pies Planos que estaba sentado a su lado. Observó sus pies.

—Hola —le dijo Pies Planos—. Has llegado por los pelos.

No podía tener plena certeza. Uno jamás puede estar completamente seguro de los rostros y reacciones de la gente. Pero se hubiera jugado su reputación como investigador: Pies Planos no demostró la menor sorpresa al verle allí.

Jupe echó un vistazo rápido a la otra gente que estaba en el escenario. Peggy tampoco parecía sorprendida, sino aliviada por verle llegar a tiempo. Le dirigió una sonrisa afectuosa.

Sabueso también parecía complacido. Lo mismo que Milton Glass, que era el presentador del concurso.

El único que no le miró a los ojos y que parecía intranquilo era el joven de cabellos rubios y largos hasta los hombros.

¡Peladilla!

# CAPÍTULO 8
# LA PRIMERA PARTE DEL CONCURSO

Las cámaras de televisión estaban filmando. La primera parte del «Concurso de los Granujas» había comenzado.

Tras caldear al público con su rutilante sonrisa y algunos chistes, Milton Glass explicó las reglas del concurso.

Los concursantes contestarían las preguntas por turno. Cinco puntos por respuesta acertada; cero, si fallaban. Si alguno de ellos no sabía una respuesta, cualquiera de los otros podía alzar la mano y contestar por él, ganando cinco puntos en caso de acertar. Pero, si también fallaba, entonces perdería cinco puntos.

Glass se volvió sonriente hacia los concursantes.

—De modo que no alcéis la mano si no estáis seguros —les advirtió.

Volvió a encararse con las cámaras y el público del estudio.

—En algunos concursos de televisión —continuó— hay varios temas. Los concursantes pueden escoger el que creen dominar mejor. Pero en este concurso habrá una sola materia. Los Granujas contestarán preguntas sobre un único tema… —hizo una pausa y sus dientes perfectos volvieron a brillar—: ¡Los Granujas!

Se oyeron murmullos excitados entre el público.

El señor Glass continuó sus explicaciones.

—En Suecia tienen un dicho: «Miente como un testigo presencial». Bien, los Granujas van a ser sus propios testigos presenciales. Al principio de cada programa pasaremos fragmentos de sus comedias. El público de nuestro estudio podrá verlos en este monitor.

Señaló la gran pantalla que había sido colocada a un lado del

escenario, de cara al público.

—Y los concursantes los verán sólo una vez… por este otro.

Jupe miró la pantalla colocada frente a ellos. Estaba contento. De haber podido elegir entre todos los temas del mundo, no se le hubiera podido ocurrir ninguno que dominara tan bien como éste. Con su memoria excepcional y sus dotes de observación, estaba seguro de no fallar ninguna pregunta. Lo que tenía que hacer era alzar la mano con toda rapidez siempre que alguien equivocara la respuesta.

Miró a los concursantes sentados a su lado: Pies Planos, Monísima Peggy, Peladilla y Sabueso. Sólo Peladilla sonreía.

—De modo que adelante con el concurso —pronunció Milton Glass—. Observemos a los Granujas y veamos lo que saben.

Ocupó su puesto detrás de la mesa situada bajo el marcador electrónico. Jupe se concentró en la pantalla en cuanto comenzó la película.

No tenía argumento. Estaba formada por diversas secuencias sacadas de las viejas comedias. La acción saltaba de una escena a otra.

Peladilla y Sabueso rociaban de pólvora la harina que Monísima Peggy utilizaba para hacer un pastel. El niño negro, Orejas Gachas, con sus cabellos erizados como las cerdas de un puercoespín, deshinchaba los neumáticos de la bicicleta de Pies Planos. Un individuo de mediana edad, encarnado por un actor que aparecía de vez en cuando en la serie, les daba un dólar a los chicos para que vigilaran su coche que estaba lleno de radios robadas. Bebé Fatty era secuestrado y atado a un árbol por los otros niños que planeaban pedir como rescate una caja de barras de caramelo. Peladilla, moviendo las orejas con aire travieso, convencía a Orejas Gachas para que cavara hasta encontrar un tesoro mientras los otros se reían. Monísima Peggy salvaba a Bebé Fatty, deshaciéndole los nudos de las ligaduras que le sujetaban al árbol…

Al cabo de dos minutos exactos la película terminó, y se encendieron de nuevo las luces del escenario y la sala. El público, que había reído durante la proyección del film, aplaudió. Luego se hizo el silencio. Las cámaras enfocaron a Milton Glass mientras hacía girar su silla para encarase con los concursantes.

La primera pregunta fue para Peggy.

—¿Quién deshinchó los neumáticos de la motocicleta? —preguntó Glass con su sonrisa más encantadora.

—Nadie —Peggy no correspondió a su sonrisa.

A Jupe le sorprendió ver su ceño. Evidentemente representaba mucho para ella ganar el concurso. Recordó que había dicho que necesitaba el dinero para poder ir a la universidad.

—No era una motocicleta —continuó Peggy—, sino una bicicleta vulgar y fue Orejas Gachas quien le deshinchó los neumáticos.

—¡Correcto!

El público aplaudió. Milton Glass anotó cinco puntos para Peggy en el marcador electrónico.

El siguiente fue Peladilla. A la pregunta: de qué color era la bicicleta, contestó acertadamente sin un momento de vacilación.

—Verde.

El público volvió a aplaudir. Le tocó el turno a Sabueso.

—¿A qué lado del manillar estaba el cambio de marchas?

Sabueso vaciló.

—¿A la derecha? —dijo sin gran convencimiento.

Un murmullo de decepción brotó de los espectadores.

La mano de Jupe se alzó un instante antes que la de Peladilla. Esperó a que Milton Glass dijera a Sabueso cuánto lamentaba que no hubiera dado una respuesta acertada.

—Tenemos dos voluntarios para responder a la pregunta —continuó Glass sin dejar de sonreír. Señaló a Jupe.

—Me parece que no tenía ca… cambio de marchas —dijo el Primer Investigador en tono despistado, continuando con su papel de tonto.

Salva de aplausos y cinco puntos. Peladilla miraba con el entrecejo fruncido los puntos que iban subiendo en el marcador.

Le llegó el turno a Pies Planos.

La pregunta era muy fácil.

—¿Cuál era el ingrediente añadido al pastel de Monísima Peggy?

—Pólvora.

—¡Correcto!

Cinco puntos y aplausos corteses para Pies Planos.

Milton Glass volvió su sonrisa hacia Jupiter.

—¿Cuántos nudos tuvo que desatar Monísima Peggy para soltar a Bebé Fatty del árbol?

Jupe vio la mano de Peggy en alto antes de que él tuviera tiempo siquiera de hacerse el tonto. Estuvo tentado de dar una respuesta equivocada para que ella consiguiera otros cinco puntos, pero no podía consentir que Peladilla se le adelantara en la próxima ronda.

—¿Cuatro nu… nudos? —aventuró Jupe como si no estuviera seguro.

—¡Correcto!

Otra salva de aplausos marcaron el final de la primera ronda. Milton Glass leyó minuciosamente las puntuaciones a pesar de que todo el mundo podía verlas con diáfana claridad. Evidentemente, disfrutaba delante de las cámaras.

Jupe miró a la cabina de control, situada detrás del público, donde Luther Lomax observaba las pantallas de sus monitores. El anciano director parecía tan tenso como un piloto, tratando de aterrizar en plena niebla.

Aguzando la vista, el Primer Investigador divisó a Bob y a Pete en la quinta fila de la sala. Estaban sentados al lado de Harker. El chófer tenía un bloc sobre las rodillas, en el que escribía con una pluma.

Pete alzó la mano e hizo el signo de la victoria cuando vio que Jupe le miraba.

Bob estaba al lado de Harker y no pudo evitar mirar el bloc del chófer. Harker sonrió y le mostró lo escrito:

*Bicicleta vulgar.*
*Verde.*
*Sin cambio de marchas.*

Apenas pudo leerlo, pero decía: Pólvora. Cuatro.

—Trato de adivinar las respuestas antes que los concursantes —explicó—. Voy muy bien por ahora. No he fallado ni una —y señaló las marcas que había hecho al lado de cada línea.

Comenzó la segunda ronda de preguntas. Peggy y Peladilla acertaron. Sabueso volvió a fallar y Peladilla se adelantó una décima de segundo a Jupe y dio la respuesta acertada. Pies Planos falló esta vez y Jupe levantó el brazo antes que Peladilla. Y Peggy se ganó otros cinco puntos.

Milton Glass siguió con la rutina de leer la puntuación después de cada ronda, atrayendo la atención de las cámaras con su radiante sonrisa y divirtiendo al público con unos chistes más.

Al comienzo de la quinta y última ronda, Jupe continuaba con cinco puntos de ventaja sobre Peladilla y diez sobre Peggy. Sabueso y Pies Planos quedaban muy atrás.

Comenzó la última ronda de preguntas.

—¿Qué era lo sospechoso en el automóvil del desconocido? —preguntó Milton Glass a Peggy.

—Que estaba lleno de radios robadas.

—¡Correcto! Cinco puntos para Monísima Peggy.

Aplausos del público.

Peladilla ganó también otros cinco puntos por identificar la marca el coche, dando incluso el año correcto. Era una pieza de museo. Un Pierce-Arrow del año veintinueve.

Esta vez le tocó a Sabueso una pregunta fácil.

—¿Cuánto dinero dio el desconocido a los Granujas para que vigilaran su coche lleno de radios?

—Un dólar.

—¡Correcto!

Más aplausos.

Incluso Pies Planos ganó está ronda. Recordaba el apodo que los Granujas pusieron al desconocido. Le llamaron «Mister Problemas».

Le tocó a Jupe contestar la última pregunta de la primera parte del concurso.

—¿Cuál es el nombre del actor que hacía de «Mister Problemas»?

No era muy justo por parte del presentador preguntar eso a Jupe. No tenía nada que ver con la película que habían visto, de modo que no era una pregunta para un testigo presencial. A menos que Jupe recordara el nombre de un actor que había visto sólo unas cuantas veces cuando tenía tres años, perdería cinco puntos.

Peladilla y Peggy agitaban sus brazos frenéticamente.

Jupe se rascó la cabeza con aire pensativo. Simulaba no saberlo, haciéndose el tonto para confundir a Peladilla. Casualmente se había tropezado con aquel actor poco tiempo antes, cuando investigaba el robo ocurrido en un museo; le había reconocido en seguida y recordó su nombre.

—Edmund Frank —dijo con su sonrisa más idiota.

—¡Correcto!

El público enloqueció.

El programa había terminado. Jupe totalizó cinco puntos más que Peladilla. El público se marchó. Milton Glass recordó a los concursantes que debían estar en los estudios de televisión al día siguiente a las dos de la tarde.

Peggy se marchó corriendo con el ceño fruncido. Jupe la miró marchar. Sentía pena por ella y deseaba poder hacer algo por ayudarla. Pero, puesto que Peladilla era su competidor más cercano, Jupe estaba decidido a seguir ganando. Todavía le quedaban algunas cuentas que saldar con Peladilla por el modo de haberle tratado cuando era niño.

Jupe se dispuso a cruzar el escenario para reunirse con los otros dos investigadores en la sala vacía. Un brazo enfundado en cuero salió a su encuentro. Peladilla le agarró violentamente por el brazo. Tenía un puño de acero.

—Ten cuidado, Bebé Fatty —rugió el joven alto—. Te he descubierto. Sé todo lo referente a ti y tus Tres Investigadores. Te haces el tonto para ganar los veinte mil dólares.

Jupiter se volvió. La mano de Peladilla apretó su brazo con más fuerza.

—Te lo advierto —dijo su perseguidor—. Corta en seco o te arrepentirás —y se alejó.

Bob y Pete esperaban a Jupe en el pasillo. Gordon Harker había ido a buscar el coche.

—¿Qué te decía Peladilla? —le preguntó Pete a Jupe.

El Primer Investigador no contestó. Quería hacer una pregunta a su vez.

—Bob —dijo—. Tú estabas sentado al lado de Harker, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué es lo que escribía en ese bloc durante todo el concurso?

—Poca cosa —Bob se encogió de hombros—. Sólo trataba de contestar a las preguntas antes que vosotros.

—¿Viste sus respuestas? —Jupe había fruncido el entrecejo. Su voz tenía aquel tono peculiar indicador de que veía alguna pista y que intentaba seguirla para ver a donde le conducía.

—Claro. Él me las enseñó. Lo hizo muy bien. Las acertó todas

menos una.

—¿Cuál? —preguntó el Primer Investigador con ansiedad—. ¿Fue la última sobre Edmund Frank? ¿Se equivocó en esa?

—No —Bob meneó la cabeza—. La única que falló fue la marca del automóvil de «Mister Problemas». Había escrito Edmund Frank mucho antes de que tú respondieras.

Jupe le miró fijamente, luego asintió y echó a andar por el pasillo. Aunque Bob y Pete trataron de interrogarle mientras bajaban en el ascensor, se negó a decirles por qué le interesaban tanto las respuestas del chófer.

Y no fue hasta que los tres estuvieron en la acera, esperando la limusina, cuando Jupe volvió a hablar.

—Comprendo que haya logrado contestar todas esas preguntas correctamente —dijo pensativo—. Porque él también vio la película y evidentemente es un hombre inteligente. Pero lo que me intriga… —su voz se apagó.

—¿Qué es? —los otros dos investigadores le presionaron—. Sigue, Jupe, cuéntanos. ¿Cuál es el misterio?

—El misterio es —dijo el Primer Investigador en un tono confidencial, enigmático—… El misterio es: ¿por qué un chófer de coches de alquiler tiene tanto interés por los Granujas?

# CAPÍTULO 9
# EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

—Posibles sospechosos —decía Jupiter Jones—: Número uno —alzó su dedo rechoncho—. Pies Planos.

Los Tres Investigadores se hallaban sentados en el puesto de mando. Habían ido allí directamente desde los estudios de televisión. Jupe estaba detrás de su mesa. Bob y Pete en los lugares de costumbre.

—Pies Planos —repitió el Primer Investigador—. ¿Qué sabemos de él?

No esperaba una respuesta. Pensaba en voz alta como solía hacer cuando algo le intrigaba.

—Sabemos que pudo robar esas copas de plata —continuó—. Pero también pudieron hacerlo cualquiera de los otros Granujas. Todos estuvimos alrededor de la mesa del bufé libre. Había mucha gente en el plató de la cocina… camareros, electricistas, ayudantes. Cualquiera de nosotros pudo deslizarse por detrás e ir hasta donde estaban las copas y desaparecer por espacio de dos o tres minutos sin que nadie lo observara.

—Peladilla —sugirió Pete, reclinándose en su mecedora—. Es una corazonada.

Jupe alzó la mano para advertir que esperara un segundo.

—Primero concentrémonos en Pies Planos —dijo—. El director, Luther Lomax, sospecha de Pies Planos. Lo vio más tarde esa misma noche rondando el Estudio Nueve. Pensó que había vuelto para recoger las copas robadas. Lomax le asustó y huyó. Pero estaba convencido de que Pies Planos lo intentaría de nuevo. Y tal vez estaba en lo cierto. A las once cuarenta y cinco de esta mañana Pies

Planos monta en bicicleta y se dirige al estudio. Yo voy tras él. Llego primero. Pies Planos me ve entrar en el estudio insonorizado. Le invade el pánico, y me cierra…

—Tiene lógica —convino Bob.

—Es posible —Jupe se pellizcó el labio.

«Puede tener lógica —pensó además—, pero deja muchos cabos sueltos». Porque a Jupe le parecía que, quien le encerró en el estudio insonorizado no lo hizo preso del pánico, sino por una razón muy concreta. Para evitar que acudiera al concurso. Para quitarlo de en medio como contrincante. Y Pies Planos nunca había dado importancia al concurso. Evidentemente, jamás se le ocurrió pensar que pudiera ganarlo.

Por otro lado, Jupe no creía en las coincidencias. No creía que Pies Planos fuese aquella mañana a los estudios en su motocicleta por pura casualidad.

—Sospechoso número dos —el Primer investigador alzó otro de sus rollizos dedos.

—Peladilla —intervino Pete al punto.

—Peladilla es listo —convino Jupe—, y haría cualquier cosa por dinero. Despreció a Milton Glass y a su idea de reunir a los Granujas. Insistió en que debían pagarnos cien dólares por aparecer en televisión. Está decidido a ganar el premio. Sospecha que me hago el tonto y por eso investiga mis antecedentes.

—¿Cómo lo sabes? —le interrumpió Bob.

—Eso es lo que Peladilla me decía cuando me cogió hoy del brazo después del concurso —dijo Jupe en tono ausente—. ¿Dónde estaba? Oh, de manera que, si Peladilla me vio entrar en el Estudio Nueve una hora y media antes de que comenzara la grabación, pudo aprovechar la ocasión para librarse de un rival peligroso. Y, cuando llegué al estudio justo a tiempo, Peladilla fue el único que se sorprendió al verme.

Recordaba cómo Peladilla le había mirado intranquilo al verle reunirse con los otros concursantes.

—Pero entonces ¿qué estaba haciendo Peladilla esta mañana en el estudio al mismo tiempo que Pies Planos? —preguntó el Primer Investigador.

—Pudo haber ido allí por casualidad, ¿no? —sugirió Bob.

—No —Jupe sacudió la cabeza con energía y esta vez dijo en

voz alta—: Yo no creo que eso haya sido una casualidad.

Guardó silencio unos instantes antes de levantar otro de sus dedos rollizos.

—Sospechoso número tres. Gordon Harker.

—Yo no creo que robara esas copas —Bob le había cobrado aprecio al chófer—. No es de esos tipos.

—Tal vez no, tal vez sí.

En su interior Jupe estaba de acuerdo con el Tercer Investigador, pero no iba a descartar a Harker sólo porque les pareciera un tipo simpático.

—Ayer estuvo en el estudio insonorizado —indicó—. Le vi al comenzar la charla televisada. Se dirigía hacia la parte de atrás del plató donde estaban las copas y los focos que no funcionaban. Se ha tomado excesivo interés por esta reunión de los Granujas desde el principio. Me pidió una entrada para el concurso. Se sienta con un bloc y trata de adivinar las respuestas que va escribiendo. Conoce el nombre de un actor de carácter desconocido que aparece en la serie. Pero al mismo tiempo demuestra su interés con timidez. Dice ignorar dónde está el Estudio Nueve… —la voz de Jupe se apagó, y se quedó mirando a sus dos amigos.

—Podríamos decir —continuó al cabo de un minuto—, que ese Gordon Harker no sólo es el hombre que sabe muy poco, es también El hombre que sabía demasiado, como el título de aquella vieja película de Hitchcock.

Tras mirar su reloj, Pete se puso en pie de un salto.

—Son las cuatro, Jupe —dijo.

Jupe vaciló mirando el aparato de televisión. Estaba programada otra de las comedias de los Granujas para ser televisada a aquella hora. Para él representaba una agonía verse en el papel de Bebé Fatty. Por otro lado, podría servirle de ayuda para el concurso de mañana. Como concursante era parte de su labor estudiar todos los detalles de la película.

—Está bien —dijo con un suspiro—. Conéctala, Bob.

El espacio publicitario acababa de finalizar. Jupe pegó un respingo al ver aparecer en la pantalla a Bebé Fatty.

«—Po favo, déjame ir» —suplicaba el pequeño.

Los otros Granujas menearon la cabeza. Iban a la ciudad a comprar helados y no querían molestarse en llevar también al bebé.

«—Pero no podemos dejarlo aquí —decía Monísima Peggy—. Pobrecillo».

«—Bueno, pues quédate tú con él» —le decía Peladilla.

Pero Peggy también deseaba ir a la ciudad. Al final decidieron echarlo a suertes.

Peladilla hizo trampa y perdió Orejas Gachas.

«—¿Cómo es que a mí me toca siempre haser todos los trabajos? —dijo el muchacho negro con su peculiar entonación—. Yo no soy una niñera».

El episodio era el de «*Mister* Problemas» y su coche lleno de radios robadas. «*Mister* Problemas» pagaba a los Granujas para que vigilaran su automóvil mientras él iba a llamar por teléfono. Se habían montado todos en el antiguo descapotable Pierce-Arrow cuando llegó la policía, y los muchachos fueron llevados a comisaría.

Orejas Gachas decidió preparar sus propios helados en la cocina. Bebé Fatty le ayudaba pero echó sal en vez de azúcar.

«*Mister* Problemas» robó su coche a la policía. Hubo una persecución y los Granujas gritaban y gesticulaban desde la parte trasera del coche de policía…

Jupe se puso en pie y apagó el televisor.

—¿Cómo termina? —protestó Pete—. ¿Detienen a «*Mister* Problemas»?

—No —replicó Jupe—. Querían utilizar al mismo actor, Edmund Frank, en el episodio siguiente, en el que contrata a Orejas Gachas para que robe un perro para él, de manera que esta vez le dejan escapar.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—Hola, Harker —dijo al cabo de unos instantes—. Aquí Jupiter Jones. ¿Le importaría venir a la chatarrería? Sí, lo más pronto posible.

—¿A dónde vamos? —preguntó Bob después de Jupe hubo colgado.

—A ninguna parte —repuso Jupe, y añadió como si pensara en voz alta—: Se me acaba de ocurrir que, si queremos descubrir quién robó esas copas, necesitamos un aliado, un amigo. Alguien de quien nadie sospeche.

Se negó a añadir más hasta que la limusina se detuvo delante de

la verja. Tío Titus y tía Matilda habían ido a un concierto. Jupe invitó a Harker a tomar una taza de café en casa de sus tíos que estaba al otro lado de la calle frente a la chatarrería.

Se sentaron todos en la amplia y alegre cocina. Jupe puso una cafetera sobre el fogón para Harker y trajo refrescos para los Tres Investigadores.

Jupiter comenzó a hablar del concurso.

—Me alegro de que no me preguntaran la marca del automóvil —dijo—. Tampoco yo sé la respuesta.

—¿No la sabía? —Harker sorbió su café—. Supo todas las demás.

—Sí, pero yo no estuve presente en ninguna de esas escenas —explicó Jupe—. En las escenas en que aparecía el coche de «*Mister* Problemas», Peladilla, Sabueso y los demás, sí estaban, y me imagino que debieron preguntar a Luther Lomax o a cualquier otro qué coche era. Por eso lo sabía Peladilla. Recordaba que era un Pierce-Arrow. Pero yo jamás vi ese automóvil.

—Sí, es cierto —convino el chófer—. Estuve viendo el episodio por televisión antes de que me llamara —sonrió—. Usted y ese chico negro, Orejas Gachas, se quedaron en casa preparando helados.

—¿Le gusta ver esas viejas películas? —le preguntó Jupe. Harker se encogió de hombros.

—Son bastante tontas —admitió—, pero algunas veces me hacen reír.

—Sí, son bastante tontas —asintió Jupe—, pero de eso se trata, ¿no? Nos hacían parecer idiotas. Peladilla moviendo las orejas; Sabueso con su lengua colgante; yo con mis balbuceos; Pies Planos con sus enormes pies; y Orejas Gachas con su peculiar entonación —hizo una pausa—. «¿Cómo es que a mí me toca siempre haser todos los trabajos? —Jupe hacía una excelente imitación de la voz del niño negro—. Yo no soy una niñera».

Harker se echó a reír.

—Lo hace muy bien —dijo.

El Primer Investigador se inclinó sobre la mesa.

—Ahora resulta todo un poco embarazoso, ¿no? —le preguntó —. Por lo menos para mí.

—Me lo imagino. Bien, vámonos —el chófer recogió su gorra—.

¿A dónde quieren que los lleve? —propuso.

—Ahora mismo a ninguna parte —Jupe le tendió la mano—. Sólo quería decirte hola.

Bob y Pete le miraron extrañados. ¿A dónde quería ir a parar? ¿De qué estaba hablando?

Jupe seguía con la mano extendida. Esperó hasta que el chófer se la estrechó.

—Celebro volver a verte, Orejas Gachas —dijo el Primer Investigador.

# CAPÍTULO 10
# CITA EN EL BOULEVARD HOLLYWOOD

—Bueno —decía Gordon Harker—. Me figuro que yo tuve más suerte que la mayoría de los Granujas, excepto Peladilla tal vez. Nunca utilicé mi verdadero nombre cuando era actor y, cuando terminó la serie, no tuve el menor problema en el colegio. Con mis cabellos bien peinados… en vez de llevarlos retorcidos y erizados… y con mi voz natural, nadie me reconoció como Orejas Gachas.

Terminó su café y Jupe le sirvió otra taza. Los otros dos investigadores deseaban ansiosamente que el chófer continuara su historia.

—Mis padres me habían guardado el dinero que gané con las películas —prosiguió—. Fui un buen estudiante y, cuando terminé el colegio a los dieciséis años, pude estudiar magisterio y convertirme en maestro.

Miró a Jupe por encima de la mesa.

—Y eso es lo que soy —dijo—. Y me gusta. Me gusta mi trabajo. Me gustan los chicos. La escuela es lo que podríamos llamar una prueba bastante dura, y esos chicos son muy brutos, pero no me dan ningún problema. Me llevo muy bien con ellos.

Sonrió con timidez.

—Cuando comenzaron a dar las comedias de los Granujas por la tele —dijo—, me llevé un susto de muerte. Pensé que si esos niños de mi clase descubrían que yo era Orejas Gachas, mi vida no valdría la pena de ser vivida. ¿Se imaginan cómo se hubieran burlado de mí? —imitó la entonación de Orejas Gachas—: «¿Cómo es que a mí siempre me toca haser todos los trabajos?». No hubiera podido entrar en el colegio sin que se hubieran mofado de mí diciéndome

esas cosas.

Jupiter asintió con simpatía. Recordaba las últimas tres semanas antes de las vacaciones de verano, cuando los chicos y chicas de su escuela le buscaban en el patio: «Di bata, po favo, Bebé Fatty. Po favo».

—Y, no obstante —continuó Harker—, no podía por menos que recordar los viejos tiempos. Y sentía una especie de fascinación por saber lo que había sido de los otros Granujas. Qué eran ahora en la vida. Había ganado algo de dinero extra trabajando para la compañía de Automóviles de Alquiler durante un par de años en la temporada de vacaciones. Algunas veces tuve que ir a los estudios. Y cuando leí lo de la reunión de los Granujas, no puede permanecer al margen. Cambié de puesto con otro de los conductores para poder estar cerca de los estudios durante la reunión, de modo que pudiera estar con los Granujas y ver cómo erais ahora.

—Si ibas a los estudios a menudo —le dijo Jupe—, ¿por qué tuviste que preguntar la dirección del Estudio Nueve?

—Oh, aquello es muy grande —repuso Harker—. Y nunca había vuelto a ese estudio insonorizado desde que era pequeño. Y la verdad es que no prestaba atención a las direcciones cuando me llevaban mis padres. Tenía demasiado trabajo repasando mi papel de memoria y procurando no dormirme.

Removió el azúcar en su taza y luego volvió a mirar a Jupe.

—Claro que no pensé que iban a reconocerme —dijo—. Creí que nadie adivinaría jamás que yo era Orejas Gachas. Porque, por lo que respecta a Milton Glass y los estudios, Orejas Gachas desapareció en cuanto terminaron las series. Nadie sabía dónde estaba ni lo que había sido de él. No pudieron encontrarlo.

Apuró su café y dejó la taza.

—Pero no calculé que tú eras muy listo —le dijo a Jupe.

—No fui tan listo —Jupe miró con modestia su vaso—. Tuve suerte de que Bob viera tus respuestas a esas preguntas.

En su interior, el Primer Investigador pensaba que estaba distorsionando ligeramente la verdad. En realidad, no creía que la suerte tuviera nada que ver con aquello. Fueron sus notables dotes de deducción las que le llevaron a identificar a Gordon Harker como Orejas Gachas.

Había recopilado pistas poco a poco: el hecho de que Harker no

fuera capaz de identificar el coche de «*Mister* Problemas» como un Pierce-Arrow: que Orejas Gachas no estuviera nunca presente en las escenas en las que aparecía el automóvil; que Harker conociera el nombre de Edmund Frank, el actor que hacía el papel de «*Mister* Problemas», y que, en uno de los episodios, contrató a Orejas Gachas para que le robara un perro de modo que ambos pasaron varios días trabajando juntos…

Jupe barajó todos los datos y llegó a la solución lógica y correcta.

—¿Te importa que te haga una pregunta? —le dijo Jupiter.

—Hazla —exclamó Harker.

—Cuando yo estaba sentado en el estudio insonorizado durante la grabación de la charla televisada, observé que te dirigías hacia ese grupo de focos que estaban detrás del plató. ¿Qué hacías?

—Ah —rió Harker—. Me has pillado. Siempre he sentido curiosidad por la parte técnica del mundo del espectáculo… incluso cuando hacía de Orejas Gachas. Vi la oportunidad de acercarme a los focos y ver cómo funcionaban.

—Eso lo explica —dijo Jupiter con una sonrisa—. Y también explica por qué un investigador jamás debe sacar conclusiones que no estén basadas en hechos. Por un momento sospeché que fuiste quien robó las copas y las escondió en el foco.

—Inocente por los cuatro costados —dijo Harker—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a descubrirme y decir a todo el mundo quién soy?

—Naturalmente que no —Jupe miró a los otros dos investigadores—. Ninguno de nosotros dirá una palabra a nadie, ¿de acuerdo?

—Pues claro —le aseguró Pete—. Ni una palabra.

—No —convino Bob—. Guardaremos bien tu secreto.

Gordon Harker exhaló un profundo suspiro.

—Gracias —dijo—. Eso hace que me sienta muchísimo mejor.

Hubo un silencio.

—Pero nosotros esperamos… —dijo Jupe al cabo de unos instantes—, no estás obligado a hacerlo… pero nos preguntamos si estarías dispuesto a ayudarnos, Harker.

—Por supuesto, si está en mi mano. ¿Qué queréis que haga?

Jupe le explicó a Harker lo de las copas de plata robadas y que

Luther Lomax les había contratado para que encontraran al ladrón. Sacó una de las tarjetas de los Tres Investigadores de su bolsillo y se la mostró.

—Verás —le dijo—, cuando se trata de un caso como éste… aunque hayan aparecido las copas… bueno, no podemos darnos por vencidos hasta resolver todo el misterio. Hemos de averiguar quién las robó. Así es como trabajamos los Tres Investigadores. Nunca dejamos un caso sin aclarar.

Harker asintió con la cabeza. Parecía comprenderlo.

—¿Cómo puedo ayudaros? —preguntó.

—Me parece que tenemos dos sospechosos —le dijo Jupe—. Peladilla y Pies Planos.

Lo había pensado mientras esperaban al chófer. Luego se le ocurrió una idea que descartaba esas coincidencias que tanto le desagradaban. Y prosiguió:

—Supongamos que realizaron el robo entre los dos. De esta manera todo tiene más lógica. Peladilla y Pies Planos quedan de acuerdo para encontrarse en los estudios hoy a mediodía. Por lo que a ellos respecta, esas copas robadas siguen todavía escondidas en ese reflector y quieren recuperarlas. Peladilla se queda fuera de los estudios, esperando a Pies Planos. Me ve entrar, y le doy una idea. Ganar los veinte mil dólares es mucho más importante que esas copas. De manera que me encierra en el Estudio Nueve para apartarme del concurso. Cuando Pies Planos aparece con su motocicleta, Peladilla le dice simplemente que el estudio está cerrado y que tendrán que intentarlo en otro momento.

—Por eso Pies Planos no se sorprendió al verte aparecer en el escenario a tiempo para concursar —intervino Pete.

—Exacto —Jupe miró a Harker—. De ahí que necesitemos tu ayuda.

—De acuerdo. Como maestro, disfruto resolviendo problemas, igual que vosotros —Harker terminó su café—. Pero todavía no me habéis dicho que queréis que haga.

—Queremos que les sigas para saber si se reúnen de nuevo —explicó Jupe—. Y vigilarles por si vuelven a los estudios esta tarde.

—Muy bien —Gordon Harker se puso en pie—. ¿Por dónde empezamos?

—Ese es el punto clave —Jupe permaneció en su asiento,

observando a Harker—. Por eso necesitamos tu ayuda. Primero: nosotros no sabemos dónde viven ni Peladilla ni Pies Planos, de modo que carecemos de punto de partida, a menos que consigamos sus direcciones.

—No lo sé —Harker meneó la cabeza—. A ninguno de ellos se les asignó una limusina, porque ambos tienen sus propios medios de transporte. Peladilla tiene un coche pequeño deportivo inglés y Pies Planos esa motocicleta. De manera que en las oficinas de Automóviles de Alquiler tampoco tendrán su dirección.

—Pero el guarda de la entrada de los estudios la tendrá —le recordó Jupe—. Por lo menos tenía la mía cuando me identifiqué para la comida de ayer, pero no creo que nos las dé si se las pedimos nosotros.

—Esta tarde ni siquiera nos dejó pasar ni a mí, ni a Pete —recordó Bob.

El chófer reflexionó unos instantes.

—Puedo intentarlo —dijo—. La compañía de Automóviles de Alquiler trabaja mucho con los estudios. Podría decirles que debo recoger a todos los Granujas para una reunión especial —cogió su gorra y se la puso—. Veamos qué tal sale —exclamó—. ¡Vamos!

Dejó a los Tres Investigadores a una manzana de las verjas de los estudios en la calle Vine y luego siguió adelante para hablar con el guarda.

Jupe y sus amigos entraron en una cafetería para tomar unas hamburguesas mientras le esperaban. No tuvieron que aguardar mucho. En cuanto Jupe vio la sonrisa de Gordon Harker cuando entró, supo que había conseguido lo que se proponían.

Traía todas las direcciones de los Granujas escritas en una hoja de papel. Los Tres Investigadores las estudiaron mientras despachaban sus hamburguesas en el mostrador de la cafetería. Descubrieron que Peggy se hospedaba en un hotel de Santa Mónica; Sabueso vivía con su padre en su casa de Beverly Hills; Peladilla y Pies Planos residían en Hollywood.

—Probemos primero con Peladilla —decidió Jupe.

—Después de que haya terminado esto —objetó Pete.

De modo que en cuanto los muchachos dieron cuenta de sus hamburguesas y Harker terminó el bocadillo que había pedido, montaron todos de nuevo en la limusina.

La dirección de Peladilla estaba en Magnolia Arms, en una calle llamada Las Palmas, no lejos del Boulevard Hollywood. Parecía más un motel que una casa de apartamentos. En el interior de un estrecho camino con arcos habían dos hileras de casitas de madera separadas por un patio. Cerca del complejo había una pequeña zona de aparcamiento.

Harker aparcó la limusina en la calle mientras los muchachos entraban en el patio. Era ya de noche. Sólo algunas de las casitas tenían luz en las ventanas.

Tuvieron suerte. Según la lista de Harker, la casita de Peladilla era la número 10. A pesar de que estaba situada al final del patio y tenía las cortinas echadas, Jupe pudo ver un ligero resplandor a través de ellas. Probablemente Peladilla estaba en casa.

El Primer Investigador hizo señas a sus dos amigos y los tres caminaron en silencio por el césped del patio. Había un magnolio precisamente delante de la puerta del número 10. Los tres amigos se refugiaron debajo del arbusto, al amparo de la oscuridad, para observar la puerta de la casa de Peladilla.

La parte alta de la puerta era de cristal. Estaba cubierta por una persiana veneciana, pero Jupe vio que algunas de sus tablillas estaban rotas. Si alguien arrimara el rostro al cristal podría ver el interior de la casa.

—Éste me parece un trabajo apropiado para ti —susurró Jupe a Pete.

Pete suspiró. Había oído esas mismas palabras antes, en otros casos. Significaban que había que hacer algo difícil y, por lo general, peligroso, que requería sus facultades especiales.

El Segundo Investigador era el más atlético de los tres. Podía correr mucho más deprisa que Jupe o Bob, y moverse con mayor seguridad y en silencio sobre las plantas de sus pies.

—De acuerdo —susurró al cabo de un momento—. Veré lo que puedo hacer.

Agachado, se alejó del magnolio y cruzó la zona cubierta de césped que le separaba de la casa de Peladilla.

Había avanzado sólo unos pasos, cuando se dejó caer de bruces en el suelo, apretándose contra la tierra como si quisiera que se lo tragase.

La puerta del apartamento de Peladilla acababa de abrirse. Jupe

vio la silueta del joven con su chaqueta de cuero recortándose contra la luz.

Pete pensó que de un momento a otro Peladilla lo descubriría allí tendido, a unos pocos metros de distancia.

Recordó la violencia con que Peladilla había agarrado del brazo a Jupe aquella tarde después del concurso. Si descubría a los Tres Investigadores espiándoles se pondría furioso y sería probablemente peligroso.

Peladilla volvió la cabeza para mirar el interior iluminado del apartamento.

—Vamos —dijo con impaciencia, pasándose un peine por sus largos cabellos—. Salgamos. Ya es hora.

El Primer Investigador apretó los puños. Ya era bastante malo tener que hacer frente a Peladilla solo, si Pies Planos estaba allí también, Los Tres Investigadores no aguantarían ni un *round*.

Ojalá Gordon Harker estuviese allí con ellos. Pero el chófer se hallaba fuera del alcance de su vista, e incluso de sus llamadas, sentado en la limusina al otro lado de la calle.

Peladilla alargó su mano hacia el interior de la puerta. Una figura con tejanos azules y camisa apareció a su lado. Entonces los dedos de Peladilla encontraron el interruptor. Las luces del apartamento se apagaron.

Peladilla cerró la puerta de la casa de un portazo, y las dos figuras avanzaron en la oscuridad.

Pete no se atrevía a levantar la cabeza para mirarles.

Permanecía inmóvil, pegado al suelo. Ni siquiera vio sus pies cuando pasaron a unos palmos de él, pero tuvo la sensación de que le pisaban.

En aquel instante antes de que Peladilla se volviera para apagar la luz y las dos figuras se recortaran en la puerta, Jupiter pudo verles con claridad. Tuvo tiempo para reconocer al compañero de Peladilla.

Era Peggy.

Jupe vio cómo ella y Peladilla se encaminaban al pasillo de arcos y desaparecían en la calle. Pete se reunió con él.

—Ha sido una suerte loca que no tropezaran conmigo —dijo casi sin aliento, como le ocurría siempre que escapaba por los pelos. Si había algo que disgustaba al Segundo Investigador, era correr

riesgos.

Pero el Primer Investigador ya había salido corriendo detrás de Peladilla y Peggy. Bob y Pete le siguieron.

Cuando llegaron a los arcos, el joven de la chaqueta de cuero y la jovencita con tejanos estaban ya a unos veinte metros de distancia, caminando tranquilamente por la acera hacia el Boulevard Hollywood. Gordon Harker estaba aparcado al otro lado de la calle, y la limusina estaba en dirección contraria. Tendría que dar la vuelta en redondo para alcanzar a Peladilla y Peggy. Jupe tomó una rápida decisión.

—Dile a Harker que dé la vuelta —le dijo a Pete—. Y seguidme. Vamos, Bob, trataremos de no perderles de vista.

Pete atravesó la calle corriendo para dirigirse a la limusina. Jupe y Bob se apresuraron por la acerca hacia el bulevar.

Había muy pocos transeúntes en Las Palmas. Si Peladilla volvía la cabeza vería a los dos investigadores que le seguían. Jupe y Bob se mantuvieron a distancia, refugiándose en los escaparates de las tiendas.


CUEN

Al cabo de un minuto, Jupe oyó que se acercaba la limusina. Faltaban aún unos quince metros para llegar al Boulevard Hollywood. Vio que Peladilla y Peggy se detenían ante un semáforo. Esperó a que el automóvil estuviera a su altura y abrió la portezuela posterior para subir.

Y entonces todo sucedió con suma rapidez.

Peladilla y Peggy cruzaron el bulevar.

Bob y Jupe subieron de un salto a la limusina.

Un automóvil amarillo desconocido apareció en la esquina del boulevard.

La limusina salió disparada hacia adelante.

Jupe asomó la cabeza por la ventanilla para no perder de vista a Peladilla y Peggy.

Habían desaparecido.

El coche amarillo pasó raudo por el cruce.

—¡Síguelo! —ordenó Jupe.

Harker fue tras él. Pero en el semáforo apareció la luz roja, y el chófer no pudo torcer a la izquierda para seguir el automóvil desconocido. Jupe vio dos figuras familiares sentadas en la parte de atrás antes de que se perdiera de vista por el Boulevard Hollywood.

Peladilla y Peggy.

Harker se quitó la gorra y se relajó detrás del volante en espera de que las luces volvieran a cambiar.

—Lo siento —dijo—. Me temo que los hemos perdido.

—No es culpa tuya —le aseguró Jupe. Sabía exactamente lo que había ocurrido. Peladilla y Peggy habían quedado en encontrarse con el coche amarillo en el cruce de Las Palmas con el Boulevard Hollywood. Así fue como desaparecieron. Sencillamente subieron al automóvil en el momento en que cambiaban las luces del semáforo.

—No importa —continuó Jupe pensativo—. Por lo menos ya sabemos algo más.

—¿Te refieres a Peggy? —preguntó Bob—. ¿A que estuviera con Peladilla?

Jupiter asintió.

—Y a algo que pudiera ser incluso más importante que eso —añadió—… Todos hemos visto antes ese coche amarillo extranjero, y sabemos a quien pertenece.

—¿Lo sabemos? —dijo Pete.

—¿A quién? —preguntó Bob.

—Al jefe de publicidad de los estudios cinematográficos —les dijo el Primer Investigador—: Milton Glass.

# CAPÍTULO 11
# EL VIENTO TRAE MALA SUERTE

El Primer Investigador se levantó temprano a la mañana siguiente. Desayunó un platό de cereales y un vaso de leche en la cocina desierta y luego fue a su taller.

Era un día de viento. Tuvo que colocar una lona alrededor de su banco antes de empezar a trabajar.

Aunque todavía no tenía en mente el uso inmediato de su nuevo invento, la cámara fotográfica especial para investigadores, le satisfizo seguir trabajando en ella. Eso le ayudaba a pensar.

Mientras recogía las diminutas piezas de metal y las ensamblaba, su cerebro no cesaba de ensamblar también las piezas del rompecabezas de las copas robadas.

En aquel rompecabezas había varias piezas que no encajaban. Seguía pensando que cuando Pies Planos fue a los estudios en su motocicleta el día anterior, lo hizo para encontrarse con Peladilla y retirar las copas robadas del estudio de rodaje.

Pero, en primer lugar, ¿qué estaba haciendo Pies Planos en el edifico de la televisión? Había llegado de la calle dos horas antes de que se iniciara rodaje. Subió en el ascensor, pero no hasta el piso diecisiete, donde estaba el estudio de grabación. Y luego, cinco minutos después, volvía a aparecer en el vestíbulo.

¿Qué estuvo haciendo durante esos cinco minutos? ¿Visitó a alguien en las oficinas? ¿A quién? ¿Y Milton Glass? ¿Por qué había recogido a Peggy y a Peladilla en la esquina del Boulevard Hollywood la noche antes?

Si fue para llevarlos a cenar o algo así… aunque recordando la hostilidad entre Peladilla y Glass, Jupe no lo consideraba muy

probable… ¿por qué no fue hasta Magnolia Arms y los recogió allí?

Aquella cita en el Boulevard Hollywood le recordaba a Jupe una escena de una película de espías. ¡Y todo se hizo tan deprisa y con tanto sigilo! Una operación clandestina, como se decía siempre en las películas.

Al cabo de tres horas la cámara fotográfica estaba terminada. Su cubierta metálica era casi tan delgada como un peine de bolsillo y un poco más ancha. Jupe la colocó debajo de su solapa. Hacía tan poco bulto que nadie habría de notarla. Intentaba sacar el objetivo por el agujero del ojal cuando vio encenderse la luz roja encima de su banco de trabajo.

Treinta segundos después se había deslizado por el Túnel Dos, abierto la puerta de la trampa y descolgado el teléfono.

—Jupiter Jones al aparato —dijo.

—Hola. Celebro encontrarte en casa —la voz era tan amistosa y cordial que podía oírse hasta la sonrisa.

—¿Señor Glass…?

—Digamos que soy un amigo —le dijo la voz cordial—. Un amigo de Monísima Peggy. Y tú no querrás que sufra un accidente, ¿verdad?

—Desde luego que no —repuso Jupe—. ¿Pero por qué ha de sufrir un accidente? ¿Dónde está?

—No importa donde está, Bebé Fatty —la voz seguía llena de sonrisas—. De momento está a salvo. Sólo he querido advertirte de que no lo estará por mucho tiempo. —Hubo una breve pausa—. No, si ganas hoy el concurso, Bebé Fatty. Si ganas, Monísima Peggy acabará en el hospital y por mucho tiempo.

—Espere un… —comenzó a decir Jupe. Pero era inútil seguir hablando. Se oyó un clic y luego la señal de comunicar. Jupe colgó y fue a sentarse al lado de su mesa.

En su bolsillo tenía la lista de direcciones que le diera Harker. Volvió a descolgar el teléfono y marcó el número del hotel de Peggy en Santa Mónica.

El encargado contestó y llamó a la habitación de Peggy.

—No contesta —le informó un minuto después.

—¿La ha visto salir? —preguntó Jupe.

No, no la había visto salir. Y después de pensarlo detenidamente, el encargado le dijo que no la había visto en toda la

mañana a pesar de que su llave estaba en el casillero.

Jupe le dio las gracias y colgó. Permaneció inmóvil unos minutos con el ceño fruncido, pellizcándose el labio. Transcurrido ese tiempo meneó la cabeza varias veces.

«El que ha llamado no es Milton Glass», se dijo.

En primer lugar Milton Glass no le hubiera llamado Bebé Fatty. Jamás había utilizado ese nombre odioso. Le llamaba siempre Jupiter o Jupe. De manera que, si no fue Milton Glass quien amenazó a Peggy por teléfono, era un buen actor que imitaba su voz.

¿Quién? ¿Peladilla? Pero Peladilla había sido siempre el peor actor de todos los Granujas. La mayor parte de las veces ni siquiera era capaz de recordar sus frases. Y, cuando las recordaba, jamás les daba la entonación deseada. Su único talento había sido mover las orejas.

El viento silbaba alrededor del viejo remolque oculto tras un montón de chatarra.

Y Peladilla tenía un coche deportivo descapotable. Eso le dio una idea a Jupe. Cogió el teléfono una vez más y llamó a Gordon Harker. Quedaron en que el chófer iría primero a recoger a Bob y a Pete y los llevaría al Patio Salvaje lo antes posible.

Después de que Jupe hubo colgado, permaneció todavía unos minutos tras su escritorio. Con el plan que acababa de trazar en su mente, utilizaría la cámara secreta para investigadores mucho antes de lo que había supuesto.

En el puesto de mando había un diminuto cuarto oscuro. Jupe cargó allí su cámara con la película. Había sido imposible colocar carretes en el interior de una cámara tan plana. La única pega del nuevo invento de Jupe era que estaba equipada para tomar una sola fotografía, y había que cambiar la película cada vez.

Pero una sola foto bastaría, si la corazonada del Primer Investigador era correcta y la tomaba en el momento preciso.

Deslizó la cámara detrás de su solapa y ajustó el objetivo en el ojal. Apenas se notaba: un pequeño círculo de cristal rodeado de un aro de metal que podía confundirse fácilmente con una insignia.

No tuvo que esperar mucho rato a Bob y Pete.

—Hace viento —dijo Bob cuando Jupe subió a la parte de atrás de la limusina.

—Sí. Afortunadamente —dijo.

No explicó qué quería significar con eso, ni dijo nada más hasta que Harker aparcó el automóvil al otro lado de la calle frente a Magnolia Arms.

—Ve tú, Pete —dijo entonces.

—Oh, no —protestó el Segundo Investigador—. Otro trabajito especial para mí, no. Jupe sonrió.

—Todo lo que tienes que hacer es mirar en el aparcamiento —dijo—. Mira si está allí el coche deportivo de Peladilla.

Pete regresó al cabo de tres minutos.

—Sí —declaró—, está allí. Uno pequeño de color rojo.

Jupe se inclinó hacia adelante en su asiento.

—¿Tiene la capota bajada? —preguntó.

—Sí. Es de esas de lona.

Jupe asintió complacido.

—Esperemos que siga así —dijo—. Entonces sí que el viento me ayudará.

Consultó su reloj. Eran apenas las doce y media. Nadie podría saber cuánto tiempo tendrían que esperar hasta que Peladilla saliera para dirigirse a los estudios, y él no quería aguardar en la limusina aparcada enfrente de los soportales del grupo de casas. Seguro que Peladilla vería el automóvil negro en cuanto saliera a la calle.

Diez metros más allá una calle estrecha cruzaba la de Las Palmas.

—¿Podrías aparcar allá abajo? —preguntó a Gordon Harker—. ¿De cara a Las Palmas? Entonces, cuando salga del aparcamiento, podremos seguirle tome el camino que tome.

Desde luego —convino el chófer—. Buena idea.

Hizo avanzar la limusina, luego entró en la calle estrecha marcha atrás y se alejó lo suficiente de Las Palmas para no ser visto desde el patio.

Jupe comprobó su cámara y esperó.

Era poco después de la una cuando los Tres Investigadores vieron a Peladilla salir al porche para encaminarse al aparcamiento. Harker puso el motor en marcha y, en cuanto el pequeño automóvil rojo de Peladilla salió a Las Palmas y tomó la dirección del Boulevard Hollywood, la limusina salió tras él.

Harker no perdía de vista a Peladilla.

Peladilla volvió a girar a la derecha en el bulevar. Evidentemente se dirigía a los estudios de televisión.

—Mantente un poco alejado de él —aconsejó Jupe al chófer—. Y cuando yo diga «ahora» aceleras y te colocas a su lado. Acércate a él todo lo que puedas.

El Primer Investigador iba sentado en la parte derecha de la parte de atrás. Al mirar a través del parabrisas podía ver el coche rojo deportivo con Peladilla al volante. Sus largos cabellos rubios estaban echados hacia atrás a impulsos del viento. Con un solo cliché en su cámara tendría una única oportunidad para tomar la instantánea que deseaba.

Los dos automóviles pasaron una luz verde. Delante de ellos se extendía un buen trecho del bulevar casi vacío. Peladilla estaba acelerando. En el descapotable, con el rostro al viento, sus cabellos ondeaban hacia atrás más que nunca. Sus mejillas y su cuello quedaban al descubierto.

El Primer Investigador sintió una creciente excitación.

—¡Ahora! —ordenó.



La limusina salió disparada hacia adelante y se puso a la altura del coche deportivo. Jupe giró en su asiento para ponerse de cara a la ventanilla. Aplastó su solapa contra el cristal.

Si Peladilla volvía la cabeza ahora y miraba hacia la limusina, Jupe habría perdido su oportunidad. Su plan se vendría abajo.

Peladilla seguía mirando fijamente hacia el frente. Jupiter accionó el disparador de su cámara oculta. Peladilla se volvió entonces a mirarles, pero ya no importaba. El Primer Investigador había logrado su propósito con su nuevo invento. Peladilla no podía saber que acababa de fotografiarle.

—Está bien, ya puedes aminorar la marcha —le dijo Jupe a Gordon Harker.

Mientras la limusina volvía a colocarse detrás del coche deportivo, Jupe se apresuró a sacar la cámara de su solapa para entregársela a Bob.

—En cuanto me dejéis en los estudios, lleva esto al puesto de mando, revela el cliché y amplíalo —le dijo—. Me temo que hoy tú y Harker os perderéis el concurso, pero necesito tener una buena ampliación de esa fotografía para cuando termine la grabación. Bob, tráemela al escenario en cuanto acabe el programa, ¿quieres?

—Por supuesto —Bob cogió la cámara y la metió en su bolsillo —. ¿Pero por qué no nos dices cuál es el misterio, Jupe? ¿Para qué quieres una foto de Peladilla?

Como Primer Investigador, Jupe siempre iba por delante de sus dos amigos. Incluso disfrutaba a veces intrigándoles. Pero comprendió que había llegado el momento de explicar sus actos.

—No es una foto cualquiera de Peladilla —dijo—, sino un perfil suyo de cerca en un automóvil descapotable y en un día de viento. Seguro que podréis ver la importancia que tiene eso, ¿no?

—No —confesó Pete—. Con franqueza no la veo.

—Ni yo tampoco —intervino Bob.

—Sus largos cabellos rubios —les hizo observar Jupe—. Como debéis haber notado, los lleva siempre cuidadosamente peinados hacia abajo, pero gracias al viento yo pude sacar una foto de una de las partes que, por lo general, mantiene ocultas. ¿Lo comprendéis ahora?

—No —dijeron Bob y Pete al unísono.

—¿De qué facciones hablas? —preguntó Pete.

—De sus orejas —replicó el Primer Investigador—. Las famosas orejas móviles de Peladilla.

# CAPÍTULO 12
# LA SEGUNDA PARTE DEL CONCURSO

Faltaba un minuto para las dos. Jupe vio que Milton Glass volvía a mirar su reloj con ansiedad. Era la tercera vez que lo hacía desde que Jupe le observaba.

Dentro de un minuto iba a dar comienzo la grabación de la segunda y última parte del concurso de preguntas de los Granujas y, hasta el momento, sólo tres de los concursantes habían ocupado sus puestos en el escenario. Peladilla, Sabueso y Jupe. Faltaban Pies Planos y Peggy.

Jupe miró hacia el público. Pete estaba sentado en la última fila y parecía tan nervioso como Glass. Al ver que Jupe le miraba levantó los hombros con gesto de preocupación. Jupe hizo lo mismo. No se le ocurría ninguna explicación que justificase la ausencia de Pies Planos, pero quien le preocupaba profundamente era Peggy.

Dirigió su mirada hacia el fondo de la sala. Luther Lomax estaba en su puesto en la cabina de control. Llevaba su acostumbrado traje gris raído, sus cabellos blancos despeinados y había profundas sombras oscuras debajo de sus ojos. Su aspecto era el de un hombre cansado.

Al Primer Investigador le llamó la atención algo que se movía en el pasillo. Pies Planos corría hacia el escenario. Se detuvo para entregar un sobre a Milton Glass y luego fue a ocupar su puesto entre los concursantes.

Eran exactamente las dos y Peggy no había aparecido.

Jupe se levantó para dejar que Pies Planos ocupara el asiento a su lado.

—Llegaste por los pelos —susurró Jupe.

—Sí —Pies Planos sonrió—. Tuve que recoger un mensaje en la oficina de Glass en los estudios y mi vieja motocicleta se estropeó. —Se colocó el micrófono en la corbata—. No me importa. De todas maneras no tengo la menor esperanza de ganar el concurso; ya he ganado bastante dinero haciendo recados para la cadena de televisión y los estudios.

Los ojos de Jupe volvieron a posarse en Milton Glass que abría el sobre que acababa de entregarle Pies Planos. Por un instante le abandonó su eterna sonrisa al leer el mensaje que contenía. Luego sus blancos dientes volvieron a brillar. Dio la señal a la cabina de control y volvió el rostro hacia el público.

—Lamento darles una noticia que va a decepcionarles —anunció —. Acabo de recibir una nota de uno de nuestros concursantes, Peggy. Creo que lo mejor será que se la lea ahora.

Hizo una pausa mientras miraba la hoja de papel que tenía en la mano.

—Querido señor Glass —leyó en voz alta—. Siento abandonarles de esta manera. Pero desde que mi fotografía ha aparecido en los periódicos la gente ha vuelto a reconocerme y a importunarme por la calle como ocurriera años atrás. De todas formas no tengo posibilidad de ganar el premio del concurso, por eso he decidido dejarlo y regresar a San Francisco. Por lo menos allí la gente me dejará en paz. Saludos afectuosos para usted y todos los Granujas.

Glass hizo otra pausa.

—Firmado, «Monísima Peggy».

Se alzó un murmullo entre el público. Jupiter tuvo la sensación de que era un murmullo de simpatía.

—Bien, si nos estás viendo, Peggy —continuó Milton Glass—, sólo puedo decirte que todos lamentamos que hayas tomado esa decisión. Era un gran placer tenerte entre nosotros. Y te echaremos mucho de menos.

Sonaron aplausos cariñosos. Glass pidió silencio.

—Y ahora, dará comienzo el programa. La segunda y última parte del «Concurso de los Granujas» —anunció.

Las luces se apagaron. Jupe se esforzó por mirar la pantalla durante los dos minutos que duraba la filmación.

Su mente estaba demasiado ocupada para concentrarse, pero

incluso, aunque sólo le dedicó el cincuenta por ciento de su atención, su entrenada memoria de investigador registró todos los detalles importantes de las breves escenas que discurrían raudas ante sus ojos.

Orejas Gachas robaba un perro para «*Mister* Problemas». Peggy sorbía un batido de fresa con una pajita rayada. Peladilla y Sabueso encendían una hoguera en el bosque para asar maíz. Pies Planos se zambullía en el lago que sólo tenía diez centímetros de profundidad. Bebé Fatty quedaba atrapado en el bosque en llamas. Sabueso vendaba la cabeza de Pies Planos con una servilleta de cuadros. Peggy rescataba a Bebé Fatty del fuego.

El otro cincuenta por ciento de la mente del Primer Investigador pensaba en Peggy. No creía que ella hubiese escrito aquella nota. Jamás hubiera firmado «Monísima Peggy». Odiaba ese nombre tanto como él Bebé Fatty.

Además, no había ido a su casa. No se había despedido del hotel y no la vieron en toda la mañana.

En realidad a Jupe le parecía que Peggy estaba en grave peligro. Alguien la retenía contra su voluntad en alguna parte. La misma persona que escribiera aquella nota con su nombre, y la misma también que había telefoneado a Jupe aquella mañana al puesto de mando.

«De momento está a salvo. Sólo he querido advertirte que no lo estará por mucho tiempo… ¡No si ganas hoy el concurso, Bebé Fatty!».

Habían transcurrido los dos minutos de filmación. Volvieron a encenderse la luces.

Jupe miró el marcador electrónico. Él tenía cuarenta y cinco puntos. Peladilla cuarenta. Peggy treinta y cinco. Sabueso y Pies Planos muchos menos. Hizo un cálculo apresurado. Tendría que levantar la mano por lo menos tres veces.

Milton Glass había dado vuelta a su silla para encararse con los concursantes.

Sin Peggy, la primera pregunta fue para Peladilla.

—¿Qué tenía de particular la paja con la que sorbía su batido Monísima Peggy?

—Que era rayada —respondió Peladilla al punto—. Roja, blanca y azul. —Aplausos. Cinco puntos para Peladilla que ahora acababa

de empatar con Jupe.

Le tocó el turno a Sabueso.

—¿Qué clase de batido tomaba?

Sabueso vaciló y Jupe alzó la mano un instante antes que Peladilla.

—¿De chocolate? —sugirió Sabueso con el acostumbrado buen humor que le caracterizaba.

—Oh, no —gritó uno del público.

—Lo siento muchísimo —dijo Glass—. Y aquí tenemos un voluntario. —Milton Glass sonrió a Jupe.

El Primer Investigador fingió dudar. Naturalmente que conocía la respuesta. Era un batido de fresa.

—Pues… yo también creía que era de chocolate —dijo Jupe.

El público lanzó un gemido. Había perdido cinco puntos. Y siguió perdiéndolos. Cuando le preguntaron que vendaje había utilizado Sabueso para vendar la cabeza de Peladilla, simuló nuevamente no estar seguro.

—¿Una servilleta de papel? —sugirió. Hubo murmullos entre el público.

Al comenzar la quinta y última ronda, Peladilla iba a la cabeza con sesenta y cinco puntos. Y respondió acertadamente cuando le llegó el turno. Sabueso y Pies Planos fallaron. Sólo faltaba Jupe.

—Bien. Aquí tenemos una sencillita para ti —le dijo Glass con su simpatía habitual—. ¿Qué robó Orejas Gachas para «*Mister* Problemas»?

Jupe volvió a mirar el marcador antes de contestar. Alzando la mano tres veces para dar una respuesta equivocada, había conseguido perder quince puntos sin ganar ni uno solo. Ahora iba con cinco puntos por debajo de Peggy.

—Un gatito. —Se oyeron fuertes gemidos entre el público.

—No, me temo que no. Era un perro.

El concurso había terminado.

Milton Glass procedió a leer los resultados finales ante las cámaras. El público aplaudió.

Peladilla había ganado con setenta puntos. Por contestar voluntaria y erróneamente tres veces Jupiter Jones consiguió reducir su puntuación a treinta. De manera que aunque Peggy no hubiese asistido a esta segunda parte del concurso, era ahora la

segunda con treinta y cinco puntos.

Las tres cámaras enfocaron al sonriente Peladilla cuando le fue entregado el cheque por veinte mil dólares. El Primer Investigador ni se molestó en mirar. Estaba impaciente por ver llegar a Bob.

Al fin Jupe le vio entrar corriendo por el pasillo seguido de Pete. Bob subió al escenario. Llevaba en la mano un sobre grande de papel manila que entregó a Jupe.

—Ha salido estupenda —susurró—. Clara como la luna llena.

Mientras Bob volvía a su asiento, Jupe abrió el sobre y extrajo la ampliación. Había resultado mucho mejor de lo que esperaba. Una súperfotografía de Peladilla con los cabellos echados hacia atrás por el viento.

Su oreja izquierda, que quedaba al descubierto, estaba perfectamente enfocada.

—Señoras y caballeros —decía Milton Glass—. Y ahora tengo el gran privilegio de presentar —se oyó redoblar un tambor en el escenario— los valiosos regalos que han ganado los concursantes…

El público susurró excitado. Jupe volvió a guardar la foto dentro del sobre y se preparó para aparecer en pantalla.

—… y como muestra de nuestro reconocimiento a los Granujas por haber hecho posible este concurso —continuó Glass—. Trixie, si me haces el favor.

La misma joven que había aparecido en la charla salió al escenario, llevando otra caja envuelta en papel dorado. Jupe enarcó una ceja. Esta vez ella y la caja iban acompañadas de un guardia de seguridad de uniforme.

Glass desenvolvió la caja sin dejar de hablar. Al final dijo:

—¡Una valiosa copa de plata de ley para cada concursante!

La gente lanzaba aaahes y ooohes mientras cada concursante iba a recoger su copa.

—La copa de Peggy —continuó Glass—, se la enviaremos a su casa. Gracias otra vez, Peggy, si nos estás viendo. Y ahora ha llegado el momento de decir a los Granujas, al público de nuestra sala y a vosotros que estáis en vuestra casa… ¡hasta la vista!

Milton Glass saludó con la mano a la cámara; sus dientes brillaban tanto que parecía que iban a salir disparados. Una gran ovación y el programa terminó.

Las cámaras dejaron de filmar. Los concursantes se levantaron.

Peladilla estaba al otro lado del escenario. Milton Glass, Sabueso, Pies Planos, las cámaras, y varias personas del público le rodeaban, felicitándole por su victoria.

Con los otros dos investigadores a su espalda, Jupiter se abrió paso a través del grupo hasta quedar frente al joven rubio de la cazadora de cuero. Le mostró la fotografía.

—¿Eres tú? —le preguntó.

—¿Por qué? —Peladilla miró la foto con aire intranquilo y preocupado. Pero le era imposible negar que aquél era su rostro. Todos los que estaban allí de pie podían verlo—. Sí, seguro. Soy yo —confesó— ¿Por qué?

—Porque, por una vez, tus cabellos no tapan tus orejas, por eso —le dijo Jupe antes de volverse hacia Milton Glass que estaba a su lado—. Las caras de la gente cambian mucho cuando se hacen mayores —explicó—. Sabueso, Pies Planos y yo hemos cambiado tanto que no nos hubieras reconocido como esos niños que actuaron en esas comedias de los Granujas. ¿Verdad?

—Verdad —convino Sabueso. Milton Glass asintió.

—Pero hay una cosa que nunca cambia —continuó Jupe—. Y esa es la forma de las orejas de una persona. Peladilla tenía unas orejas descomunales, con grandes lóbulos, que movía a voluntad. Pero la persona que aparece en esta fotografía, la persona que acaba de ganar este premio en metálico… tiene unas orejas completamente distintas. Sus lóbulos son pequeños y están pegados a su rostro.

El joven de la chaqueta de cuero dio un paso hacia adelante con gesto amenazador y quiso arrebatar la foto que Jupe tenía en la mano. Sabueso alargó el brazo y le sujetó:

—¿Qué intentas decir? —masculló Peladilla.

—Estoy diciendo —replicó el Primer Investigador con calma— que tú no has sido nunca uno de los Granujas y que no tienes derecho a competir en este concurso de preguntas. Y creo que el señor Glass estará de acuerdo conmigo en que quedes automáticamente descalificado. No has ganado el premio en metálico, porque…

Jupe blandió la foto en alto.

—Porque esta foto demuestra más allá de toda duda que, quienquiera que seas, ¡no puedes ser Peladilla!

# CAPÍTULO 13
# ¡SECUESTRADA!

Se hallaban todos reunidos en el gran despacho del edificio de la emisora de televisión: el impostor que se hacía pasar por Peladilla, Milton Glass, Luther Lomax, los Tres Investigadores, Sabueso, Pies Planos y un guardia de seguridad de la cadena de televisión.

Milton Glass sentado detrás de su escritorio; delante, la foto tomada por Jupe; el falso Peladilla, repantigado en un sillón frente a Glass. Los otros se agrupaban a su alrededor en sillas.

—Está bien —decía el joven de la chaqueta de cuero—. Lo admito. Yo dejé que Bebé Fatty me hiciera una foto con las orejas descubiertas —miró a Jupe—. Ya te dije que yo sabía que no eras tonto. Pero me parece que has resultado más listo de lo que pensaba. ¡Veinte mil dólares! Era un buen pellizco. —El impostor alzó sus anchos hombros—. Valía la pena intentarlo. Veinte mil machacantes son mucha pasta. Y casi la consigo. Y no voy a intentar siquiera cobrar el cheque, porque ustedes darían las oportunas órdenes al banco para que no lo hicieran efectivo.

Metió la mano en su bolsillo y sacó el cheque que acababa de ganar en el concurso de preguntas. Lo miró un momento con pesar, y luego lo estrujó y lo arrojó sobre el escritorio de Milton Glass.

—Devuelve la copa también —dijo Luther Lomax. Su voz había recuperado la confianza.

El falso Peladilla sacó la copa de mala gana y la puso sobre la mesa.

—¿Quién eres? —preguntó el guardia de seguridad en tono inexpresivo—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—¿Y qué más da? —el impostor volvió a encogerse de hombros

—. ¿A quién puede importarle cómo me llame? Soy igual que miles de otros de esta ciudad. Soy un actor sin trabajo. Y, además, un actor muy bueno.

El Primer Investigador estuvo de acuerdo en eso. Desde luego era mucho mejor actor de lo que lo fuera nunca Peladilla.

Milton Glass desarrugó el cheque y lo guardó en su bolsillo.

—¿Quién te metió en esto? —preguntó.

—Nadie —la voz del impostor era dura y firme—. Nadie me metió en esto. Estuve viendo los Granujas por televisión, y leí lo que decían de ellos los periódicos. Durante un tiempo fui al colegio con el chico que hacía de Peladilla en la serie y supe que desapareció hace años. Me figuro que probablemente murió. Atropellado o algo así. Era lo bastante tonto como para dejarse atropellar por una cortadora de césped. Yo me parecía mucho a él, aparte de las orejas —continuó—. Y eso me dio la idea. Al principio sólo pensé en hacerme publicidad. Pensé que tal vez lograse encontrar trabajo como actor. Luego la televisión organizó este concurso y decidí participar. ¿Por qué no? Veinte mil machacantes…

Hubo silencio. Milton Glass seguía sonriendo, pero su sonrisa además de inútil era forzada.

—¿Qué van a hacer ustedes ahora? —le desafió el falso Peladilla.

—Vamos a entregarte a la policía —dijo el guardia de seguridad—. Y te denunciaremos por fraude y…

Se interrumpió. Milton Glass había alzado la mano.

—No tan deprisa —exclamó—. Ni la cadena de televisión ni los estudios cinematográficos quieren esa clase de publicidad. ¿Pueden imaginarse lo que los periódicos sacarían de esto? —Dirigió una sonrisa al guardia de seguridad—. Y después de todo, ¿qué delito ha cometido? Enviaremos un cheque de veinte mil dólares a Peggy en San Francisco. Y estoy seguro de que ella no hará preguntas. Y en cuanto a este jovencito…

Volvió sus blancos dientes hacia el impostor.

—Bien —continuó—, ¿por qué no consideramos todo esto como una pequeña travesura? —miró a Luther Lomax—. ¿Te parece bien, Luther?

El viejo director bajó sus ojos cansados, y pasó sus dedos entre sus cabellos blancos.

—Desde luego —dijo—. A mí me parece bien.

Jupiter se puso en pie. Y a una señal suya los otros dos investigadores hicieron lo propio.

—Puede usted contar con nosotros. No diremos nada a la prensa —dijo Jupe. Parecía como si la reunión fuera a llegar a su fin de un momento a otro, y quería salir de allí el primero. Deseaba bajar cuanto antes al aparcamiento donde Harker le estaba esperando en la limusina—. De modo que, si no le importa, señor Glass, nosotros nos vamos.

—En absoluto —el jefe de publicidad también se puso en pie—. Y debo decir que te estamos muy agradecidos Jupe. —Su sonrisa era tan cordial como siempre, pero su voz no expresaba el menor agradecimiento—. Has realizado un brillante descubrimiento. Sin tu ayuda hubiéramos cometido una gran injusticia. A Peggy le hubieran birlado el premio en metálico que tanto se merece.

Jupe le dio las gracias y llevó a Bob y a Pete hasta la puerta. Cuando se volvió para cerrarla miró hacia el interior del despacho. Milton Glass, inclinado hacia adelante en su asiento, sonreía con alivio al falso Peladilla, que ahora también sonreía. Luther Lomax con los ojos bajos frotaba una mancha de grasa de su raído traje gris. El guardia de seguridad miraba ceñudo por la ventana.

El ascensor estaba lleno de gente. Los Tres Investigadores guardaron silencio hasta llegar a la planta baja. Y hasta salir al vestíbulo Bob y Pete, no tuvieron oportunidad de expresar sus sentimientos.

—¿Vais a dejarle marchar tan fresco? —preguntó Pete furioso.

No podía creerlo. Durante todo el tiempo que habían sido amigos, Jupe jamás abandonó un caso dejando que el culpable quedara libre. Y al parecer era lo que el Primer Investigador hacía ahora. Para él resultaba evidente que Milton Glass había tomado parte en el engaño desde el principio. Glass supo siempre que Peladilla era un fraude. Por eso dejaba que el impostor saliera tan bien librado.

—Sí —se lamentó Bob tan sorprendido y enojado como Pete—. ¿Y qué hay de Peggy? Tú nos dijiste que en realidad no había vuelto a San Francisco, y que creías que corría peligro.

—Sí —Pete estaba ahora más intrigado que furioso—. ¿Qué es lo que piensas hacer, Jupe?

El Primer Investigador pellizcó su labio inferior.

—Pienso en Peggy —dijo—. No he dejado de pensar en ella desde que esta mañana recibí esa llamada amenazándome. —Ya había hablado de eso con los otros dos investigadores—. Por eso contesté mal a las preguntas y perdí todos esos puntos —continuó —, para que Peggy ganase. Y sigo pensando en ella. —Miró a Bob —. Porque tienes razón. Está en peligro. Y nosotros hemos de salvarla. Vamos.

Sin más palabras salió corriendo a la calle. Bob y Pete le siguieron. Gordon Harker estaba sentado en la limusina, leyendo una revista. La dejó en cuanto vio a Jupe acercarse a la puerta de atrás.

—¿A dónde vamos? —preguntó animado.

—A ninguna parte todavía, gracias. —Jupe y sus amigos subieron a la parte de atrás del automóvil. El Primer Investigador miró hacia el lugar donde estaba aparcado el Citroen amarillo de Milton Glass—. ¿Podrías hacer marcha atrás un poco para qué podamos vigilar ese coche de ahí sin ser vistos? —preguntó—. ¿Y quedar en posición de salir tras él cuando se largue?

—Por supuesto.

Harker hizo girar la llave de contacto y maniobró la limusina hasta el fondo del aparcamiento donde quedaba más resguardada. Desde allí podía ver el capó en forma de ballena del automóvil extranjero.

—¿Vamos a seguir ahora a Milton Glass? —preguntó.

Jupe asintió distraído. Pensaba intensamente reclinado en su asiento. Bob comprendió que quería continuar así. Callado, reflexionando.

—No, no harás eso —dijo el Tercer Investigador—. Sé que disfrutas encerrándote como una ostra, pero esta vez no te saldrás con la tuya. Será mejor que nos expliques lo que ha ocurrido en ese despacho.

—Sí —convino Pete—. ¿Qué ha ocurrido?

—De acuerdo —Jupe suspiró, pero en su interior estaba muy satisfecho de que sus dos amigos insistieran en conocer su opinión sobre el caso. Eso le ayudaría a ordenar sus ideas. Levantó su dedo.

—Número uno —dijo, alzando la voz para que Harker pudiera oírle también. Sentía una profunda deuda de gratitud con el

Granuja Orejas Gachas y deseaba hacerle sentir que le consideraba un miembro más de su equipo investigador—. ¿Cuándo vimos a Peggy por última vez?

—Anoche en el Boulevard Hollywood —le recordó Bob—. Cuando Milton Glass la recogió en su automóvil.

—Con Peladilla —añadió Jupe—. Entonces esta mañana me telefoneó Peladilla imitando la voz de Milton Glass, y me advirtió que no ganase el premio o Peggy sufriría un accidente. ¿Qué conclusión sacáis de todo eso?

—Que la retiene en algún sitio —sugirió Bob—. Quiero decir como prisionera. Pero no puede ser en su apartamento de Magnolia Arms, ¿verdad? Allí vive demasiada gente. Ella conseguiría llamar la atención de algún modo.

—Exacto —le dijo Jupe.

—Pero ahora que ella ha ganado el premio —objetó Pete y que Peladilla ha sido descubierto como impostor, ¿por qué ha de seguir en peligro? ¿No crees que ahora la dejará marchar?

—No, no lo creo —explicó el Primer Investigador—, porque, aunque en el despacho haya dicho lo contrario, Peladilla no ha actuado solo. Alguien le incitó a que se hiciera pasar por uno de los Granujas. Porque alguien tuvo que ponerle al corriente de todo. Contarle nuestras vidas con todo detalle. Decirle, por ejemplo, que nos solían pagar los viernes en efectivo. Que nos daban un sobre marrón atado con un cordel rojo. El falso Peladilla no hubiera sido capaz de averiguar cosas como esas por sí solo. Ni saber que el descapotable de «*Mister* Problemas» fuera un Pierce-Arrow del año veintinueve. Alguien tuvo que contarle todas esas cosas.

—De modo que tiene un cómplice —intervino Bob.

—Sí —le dijo el Primer Investigador—. Y ese cómplice le ayudó a raptar a Peggy. Y ahora no pueden soltarla, porque ella sabe quién es el cómplice. Y porque el secuestro es un delito mucho más serio que un fraude. Pueden echarte cadena perpetua por secuestrar a alguien.

—Milton Glass —dijo Bob—, puesto que se negó a presentar ningún cargo contra Peladilla. Estoy seguro de que Milton Glass se halla complicado en esto desde el principio.

—¿Es así, Jupe? —preguntó Pete—. ¿Peggy está encerrada en casa de Milton Glass?

El Primer Investigador no contestó. Inclinado hacia adelante en su asiento observaba al hombre que se dirigía al automóvil amarillo. Jupe le vio subir al coche, ponerlo en marcha, y sacarlo con facilidad del aparcamiento.

—No —replicó—, Milton Glass es sólo el jefe de publicidad que trataba de proteger a los estudios y la cadena de televisión. Él no sabía que Peladilla era un impostor. Ese es el tipo que asesoró al falso Peladilla, que pudo suministrarle las respuestas correctas antes de cada programa del concurso porque conocía la película paso a paso. Ese es el hombre que le ayudó a secuestrar a Peggy.

—¿Quién? —Bob y Pete se inclinaron también hacia adelante, tratando de ver al conductor del coche amarillo cuando se detuvo en la esquina del Boulevard Hollywood. Harker conducía lentamente la limusina tras él.

—Luther Lomax —exclamó el Primer Investigador.

# CAPÍTULO 14
# LA MANSIÓN EN RUINAS

El automóvil amarillo abandonó el Boulevard Hollywood y se encaminó a los desfiladeros de Beverly Hills.

Luther Lomax era un conductor lento y prudente. A Gordon Harker le fue fácil no perderle de vista y, al mismo tiempo, asegurarse de que el anciano director no se diera cuenta de que le seguía.

La carretera serpenteaba, subiendo cada vez más por las colinas. Las casas eran ahora enormes caserones muy separados, pero rodeados de muros de piedra. Aquellas casas habían sido construidas por gente del cine en lo días gloriosos de la industria cinematográfica. Hasta no hacía mucho, autobuses especiales transitaron aquellas carreteras, realizando recorridos turísticos por los hogares de las estrellas de cine. Dichos autobuses se llenaban de turistas que admiraban las mansiones a través de las verjas, mientras el conductor anunciaba los nombres de los famosos que vivían tras los altos muros.

Jupe sabía que ahora la mayoría de aquellas casas pertenecían a banqueros, petroleros y jeques árabes. Los artistas de cine se habían trasladado a lo que era conocido como los Países Bajos de Beverly Hills.

Harker aminoró la marcha. El automóvil amarillo había entrado por una verja abierta. La limusina se acercó a la acera para aparcar.

—¿Bien? ¿Qué queréis que haga ahora? —preguntó el chófer—. ¿Lo seguimos?

—No. Será mejor que no lo hagamos —el Primer Investigador abrió la puerta de atrás para apearse—. Probablemente tendrá

guardias, criados y jardineros. Si nos ve llegar, estará preparado. Si no te importa esperar aquí, Harker, nosotros nos acercaremos a mirar. Tal vez podamos formarnos alguna idea de dónde esconde a Peggy.



—De acuerdo. —Harker abrió su revista—. Buena suerte. Y si necesitáis ayuda, gritad.

Jupiter le dio las gracias. Manteniéndose cerca de la pared, los Tres Investigadores avanzaron hacia la entrada. La verja seguía abierta. Nadie la había cerrado detrás de Lomax. No había guarda ni nadie a la vista. El coche amarillo de Milton Glass estaba aparcado delante del porche de la casa.

Era un lugar curioso. Y el automóvil lo único que no le recordaba a Jupe una vieja película de una mansión sureña abandonada: Lo que el viento se llevó.

Todavía se mostraba como una gran mansión. La fachada tenía un amplio porche sostenido por columnas. Una veranda corría por debajo de las ventanas superiores. Dos alas se extendían por detrás del edificio.

Pero el yeso de las altas columnas estaba desconchado y descolorido. Muchas ventanas estaban remendadas o clavadas con tablas. Los escalones por los que se subía al porche eran apenas algo más que un montón de escombros… piedras rotas y hierbajos, y matas que se abrían paso entre ellas.

A la derecha de la puerta de la verja había una hilera de árboles que llegaba hasta la casa. Jupe hizo señas a sus amigos y corrieron hasta el árbol más próximo. La hierba era tan alta detrás de los árboles que los Tres Investigadores, un poco agachados, pudieron seguir avanzando bien ocultos.

—Cielos —exclamó Pete—. ¿Quieres decir que vive alguien aquí todavía?

Jupe asintió con gesto grave. Trataba de imaginar cómo había sido aquel lugar, con el césped bien cuidado, las tumbonas de alegres colores, las columnas blancas recién pintadas y los cristales de las ventanas relucientes.

«¿Cuánto tiempo hará de eso?», se preguntó. Puede que no más de ocho o nueve años. Con las inundaciones y corrimientos de barro del sur de California, el sol seco y ardiente, y la vegetación tropical, los edificios y jardines abandonados se convertían en ruinas en muy poco tiempo. Y durante la época en que Luther Lomax dirigió las comedias de los Granujas, aquella debió ser probablemente una elegante mansión como las otras de aquella zona de los desfiladeros.

Una cosa era bien cierta, decidió Jupe. Hacía mucho tiempo que allí no había guardas, ni criados, ni servidumbre de ninguna clase. Era casi seguro que Lomax estaba solo en la casa, solo con Peggy.

—Vamos —dijo el Primer Investigador—. No hay necesidad de esconderse más. Vayamos andando hasta la puerta principal y encarémonos con Lomax.

Los otros dos investigadores estuvieron de acuerdo. No había mucho que temer del anciano director.

No había timbre. Jupe levantó el picaporte de metal y lo dejó caer con fuerza contra la placa metálica.

La puerta se abrió en seguida y Luther Lomax apareció ante ellos.

—Jupiter Jones y sus dos amigos —dijo—. Te estaba esperando. Me imagino que vienes por la recompensa que te ofrecí por resolver Misterio de esas copas de plata. Pasad.

Los Tres Investigadores entraron y el anciano director cerró la puerta tras ellos. Se hallaban en un amplio vestíbulo escasamente iluminado. A Jupe le pareció incluso más grande, porque apenas había mobiliario, sólo un par de sillas de lona y un escritorio desvencijado.

La mirada de Jupe fue hacia las paredes cubiertas de fotografías enmarcadas de hombres atractivos y mujeres hermosas. Jupe reconoció a algunos de ellos por las películas antiguas que daban por televisión. Eran las grandes estrellas de diez, veinte o treinta años atrás.

Lomax observó que las miraba y se irguió. Por unos momentos pareció fuerte y triunfante, como los rostros de las fotografías.

—Mis viejos amigos —dijo—. Antes de que los estudios insultaran mi talento, haciéndome dirigir esas ridículas comedias de los Granujas, yo dirigí algunas de las grandes películas de estas estrellas. No fanfarroneo si os digo que muchos de ellos me deben su fama. —Su voz se elevó, resonando en las paredes. Juntó las manos—. Yo se lo enseñé todo. Yo los moldeé y les di personalidad. Yo los creé.

Bob se estremeció. A pesar de la ventanas rotas y parcheadas, no hacía frío en el enorme y vacío vestíbulo. «¡Es tan sombrío —pensó — como una tumba encantada por los fantasmas del pasado!».

—En cuanto a esa recompensa —prosiguió Lomax con su tono

normal—, casualmente no tengo mucho dinero aquí en este momento, pero estoy seguro de que el departamento de publicidad…

—No hemos venido por la recompensa —le interrumpió Jupe, y Bob comprendió que su amigo sentía el mismo frío que él—, sino para llevarnos a Peggy.

—¿Peggy? ¿Te refieres a Monísima Peggy? —El director separó sus manos para meterlas en los bolsillos de su raída chaqueta—. Pero ¿qué diablos te hace pensar que está aquí?

—Vimos cómo se la llevaba anoche en el Boulevard Hollywood —le dijo Pete—. Peggy y Peladilla subieron a su automóvil y…

—Pero eso es ridículo. —Lomax intentaba sonreír—. Yo no tengo coche en este momento. Están reparando mi Rolls y mi…

—Ese coche que está ahí afuera —explicó Jupe—, me figuro que pertenece a Milton Glass o tal vez a los estudios cinematográficos. Pero deben haberle permitido usarlo mientras dirigía el concurso. Acaba de llegar aquí en él. Y anoche lo conducía usted cuando recogió a Peggy y a Peladilla.

Lomax ya no se esforzaba por sonreír. Se dirigió a una de las sillas de lona para sentarse.

—Ni siquiera ponen a mi disposición una limusina —dijo con voz lastimera—. Y me pagan una miseria por dirigir el concurso de preguntas, y ni siquiera me envían un coche. Tuve que pedir a Milton que me prestara uno de los suyos. Tuve prácticamente que amenazarle, diciéndole que no quedaría muy bien la cadena de televisión, si uno de sus más importantes y famosos directores tenía que hacer autostop.

Su voz se cortó. Miraba sus rodillas. Alisó distraído la raya de sus pantalones.

—Pero yo no secuestré a Peggy —dijo—. En eso os equivocáis.

—Por favor, señor Lomax —le suplicó Jupe en voz baja—. No queremos causarle más problemas. Pero sabemos que Peggy no escribió esa nota a Milton Glass, y que no abandonó el concurso por voluntad propia. Y si usted no nos deja verla y llevarla con nosotros, tendremos que dar parte a la policía para que puedan registrar toda…

—¡Alto! ¡Claro que está aquí! —el director alzó la cabeza. Había recobrado su autoridad—. Peggy está en mi casa como invitada.

Voy a hacer de ella una gran estrella. Voy a hacerla rica y famosa —se puso en pie para señalar las fotografías enmarcadas de las paredes—. Como éstos que veis aquí, que me lo deben todo. ¡Voy a dirigir a Peggy en una gran película!

—Corta, viejo chocho.

La voz dura y seca venía de la puerta. Los Tres Investigadores se volvieron al instante para ver quien había hablado. El joven rubio de la cazadora de cuero avanzó con aire amenazador por el gran vestíbulo.

# CAPÍTULO 15
# BEBÉ FATTY INVIERTE LOS TÉRMINOS

—¡Corta! —repitió Peladilla sin apartar los ojos de Luther Lomax—. Estoy harto de oírte. Tú me metiste en este lío, utilizándome para que robara esas copas, con la promesa de darme la mitad de su valor y de que me enseñarías todas las respuestas y me darías la mitad del premio. ¿Y qué he sacado yo de todo esto? Nada.

Peladilla miró a Jupe.

—La idea fue suya desde el principio —continuó—. Me vio en una obra que representé en un pequeño teatro de Hollywood. Después vino a verme entre bastidores y me dijo que yo era un gran actor.

Lomax continuaba con las manos metidas en los bolsillos. Meneaba ligeramente la cabeza.

—Lo dije por halagarte —exclamó—. Tienes algo de talento, pero poco. Nunca llegarás a ser una estrella. Ni siquiera con mi ayuda.

Peladilla hizo caso omiso y continuó dirigiéndose a Jupe.

—No podía decir esto en el despacho de Milton Glass —dijo—. Sabía que Lomax había encerrado a Peggy en una de estas habitaciones. Y los cargos hubieran sido de secuestro. Sé que la policía hubiera dicho que yo era tan culpable como él, aunque la idea fuese suya. Le hice prometer que no habría violencia. Pero le ayudé a prepararlo. Llamé a Peggy por teléfono para que fuera anoche a mi apartamento. Le dije que Milton Glass quería hablar con nosotros dos y que Glass no quería que lo supiera nadie más; y que nos recogería en el Boulevard Hollywood.

El Primer Investigador asintió. Lo que Peladilla decía coincidía

con los hechos, pero se preguntaba qué esperaba conseguir el actor a cambio de su confesión.

—Teníamos que quitar de en medio a Peggy para que no ganara —continuó Peladilla— y de este modo impedir que ganaras tú.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Jupe.

—Un trato —replicó Peladilla—. Haré un trato contigo. Os entregaré a Peggy —sonrió levemente—. La rescataremos juntos. Y, a cambio, tú me respaldas. Le dices que fue idea mía el venir aquí para liberarla. Nadie le ha hecho ningún daño. A ti te escuchará si le cuentas toda la historia y cómo te aseguraste de que ganase el premio en metálico; tú la convencerás para que no presente ningún cargo contra mí.

Jupe miró a Bob y a Pete. El Primer Investigador sabía que no tenía autoridad para hacer ningún trato. Si Peggy deseaba denunciar a Lomax y Peladilla, la ley tomaría las riendas. Y una vez que eso ocurriera, él tendría que decir toda la verdad, todo lo que sabía, todo lo que había dicho Peladilla.

Por otro lado, lo primero y más importante de todo era sacar a Peggy de allí. Después era ella la que debía decidir si daba parte o no a la policía. Jupe seguía mirando a sus dos amigos con aire interrogador.

Pete asintió con la cabeza.

Bob, tras vacilar un segundo, asintió también.

—De acuerdo —dijo Jupe—, haré cuanto esté en mi mano para convencerla de que no querías hacerle ningún mal. Pero eso es todo lo que puedo prometerte. Al fin y al cabo, eso es cosa de Peggy. ¿Dónde está?

—Arriba. Por aquí. Vi como la encerraba en uno de los dormitorios. —Peladilla dio un paso hacia adelante pero se detuvo en seco.

Luther Lomax había sacado la mano derecha del bolsillo de su chaqueta y les apuntaba con una pequeña automática negra.

—No —dijo el director—. No os la llevaréis. Peggy se queda aquí conmigo.

Estaba de pie con las piernas ligeramente separadas y la cabeza echada hacia atrás. Exactamente como Jupe lo recordaba… alto, imponente, autoritario.

—Yo hice de ella una actriz infantil —continuó con voz

profunda y emocionada—. Y puedo volver a hacer de ella una actriz con personalidad. Ella tiene talento. Lo sé. Y yo lo haré salir a la superficie. Juntos produciremos una gran película, merecedora de un Oscar. Ambos realizaremos una soberbia reaparición en el cine. Ambos volveremos a ser ricos y famosos.

Pete miró a Lomax y midió la distancia que les separaba. Una de las especialidades del Segundo Investigador eran los ataques por sorpresa. Un placaje al estómago y un rápido agarrón de las piernas del contrario habían sacado de situaciones difíciles a los tres amigos en muchas ocasiones.

Pero esta vez no podía hacerlo. El director estaba demasiado lejos. Antes de que Pete pudiera derribar a Lomax, éste habría tenido tiempo de sobra para hacer uso de su pistola.

Jupe advirtió lo que Pete estaba pensando y alzó la mano para advertirle que tuviera prudencia.

—Vamos, señor Lomax —dijo con su tono más persuasivo—. Usted no quiere matar a nadie. No es un asesino. Usted es un gran director. Usted…

—No sigas —le interrumpió Peladilla—. Está lo bastante loco como para hacer cualquier cosa. Yo le conozco mejor que tú. ¿Sabes lo que iba a hacer con el dinero del premio? ¡Derrocharlo en una gran fiesta! Invitar a todas esas viejas glorias que ves en las paredes. Por lo menos, a las que siguen vivas. Alquilar una orquesta zíngara. Avisar a la prensa…

—¡Silencio! —el director alzó la mano izquierda con gesto autoritario—. ¡Silencio en el plató! —gritó—. Ahora todos vosotros poneros en fila con las manos encima de la cabeza.

Peladilla fue el primero en obedecer. Los otros se alinearon a su lado.

—¡Ahora! —Lomax seguía vociferando—. Vuelta a la derecha y, cuando yo diga «marchen», vais directos a los arcos y luego bajáis los escalones. ¿Preparados?

También esta vez Peladilla fue el primero en responder. Los Tres Investigadores asintieron también.

—Luces —gritó el director con toda su voz—. Cámara, acción. ¡Marchen!

Los arcos estaban al fondo del vestíbulo. Jupe pudo ver un tramo de escalones que partía de allí. Le pareció que bajaban

mucho antes de perderse de vista. Probablemente allí habría un viejo sótano. Si Lomax les encerraba en él, estaba lo bastante loco como para perder la llave u olvidarse de darles de comer. Y allí no había ni vecinos ni criados que pudieran oír sus gritos. Lo mejor sería tratar de escapar ahora. Sintió a Pete justo detrás de él.

El Primer Investigador aminoró el paso.

—Sigue adelante —le grito Peladilla con voz suplicante desde el final de la fila—. Haz lo que te dice antes de que me dispare.

Jupe llegó a los arcos y comenzó a bajar escalones.

—¡Marchen! —gritaba Lomax—. ¡Marchen! ¡Marchen…!

Su voz se quebró. Jupe le oyó contener el aliento de miedo. Algo cayó al suelo con un ruido sordo y pesado. Tras mucha práctica, los Tres Investigadores habían aprendido a coordinar sus movimientos como un equipo de baloncesto. Al segundo habían abandonado la formación y formado un amplio abanico al fondo del vestíbulo.

Lo primero que vio Jupe fue la automática negra en el suelo a pocos metros de la puerta principal que estaba abierta. Luego vio a Lomax que parecía balancearse en el aire como si nadara con las piernas en alto. Un par de brazos robustos lo sostenían por detrás. Dos manos negras y fuertes lo tenían cogido por la cintura.

Harker fue muy amable con el anciano director, y tuvo buen cuidado de no lesionarle mientras lo transportaba a través del vestíbulo hasta depositarlo en una silla de lona.

—Ahora quédese aquí quietecito, señor Lomax —le dijo el chófer, sujetándole con firmeza por los hombros—. Recoge la pistola, Jupiter. Pon el seguro y guárdala en tu bolsillo.

Jupe hizo lo que le mandaba y luego miró a Peladilla. El joven actor estaba apoyado contra la pared muy pálido y temblaba ligeramente.

—Gracias, Harker —le dijo el Primer Investigador.

—De nada —replicó el chófer—. Cuando vi a ese tipo entrar aquí, recordé lo que me habías dicho de él, y pensé que lo mejor era venir y averiguar lo que ocurría.

—Celebro mucho que lo hicieras —Jupe miró a Peladilla—. Vamos. ¿Dónde está Peggy?

Todavía muy alterado el joven actor los condujo al piso de arriba y luego hasta el final de un largo y polvoriento pasillo. La llave estaba en la cerradura. Jupe la hizo girar y entró en la

habitación.

Peggy estaba sentada junto a una ventana tapada con maderas claveteadas. Tenía un pañuelo metido en la boca y otro atado alrededor de la cabeza. Las manos atadas a la espalda y los tobillos a las patas de la silla.

Peladilla se quedó sin respiración al verla.

—Yo no sabía que iba a atarla, —dijo en voz baja—. De haberlo sabido, jamás le hubiera ayudado a traerla aquí.

Jupe le creyó. Por lo que acababa de ver durante los últimos minutos comprendió que la rudeza de Peladilla no era más que una pose. En su interior, el joven actor odiaba la violencia.

Los Tres Investigadores corrieron hacia Peggy, dejando a Peladilla apoyado con languidez contra la puerta. Pete y Bob le quitaron la mordaza, mientras Jupe cortaba sus ligaduras con su cuchillo del ejército suizo.

Peggy sacudió la cabeza para despejarse. Se frotó las muñecas, apartó sus cabellos de la frente. Estiró las piernas y se puso en pie con cierta dificultad. Sonrió.

—Bueno —dijo—. Esto tiene gracia. Igual que en nuestras viejas comedias de los Granujas. Excepto que era yo quien siempre te salvaba, Jupe. Y ahora tú me has salvado a mí.

# CAPÍTULO 16
# UN FAVOR PARA DON

—Peggy está tan contenta por haber ganado el dinero del premio —decía Jupe— que decidió no presentar ninguna denuncia contra Luther Lomax ni Peladilla.

—Ahora puede permitirse el lujo de ir a la universidad, que es lo que siempre había deseado —intervino Bob.

—Piensa matricularse en Berkeley en septiembre —añadió Pete.

Los Tres Investigadores se hallaban sentados alrededor de la mesa de la enorme sala de estar de Héctor Sebastián con su hilera de ventanales mirando al océano Pacífico. Además de las notas que Bob había tomado, hicieron al escritor de novelas de misterio un resumen de su último caso.

Héctor Sebastián estaba cómodamente reclinado en una tumbona junto a la mesa. Antes de ser escritor había sufrido un accidente y había quedado lesionado gravemente en la pierna mientras trabajaba como detective privado en Nueva York, y algunas veces todavía le molestaba un poco.

—¿De manera que Peladilla vuelve a actuar con su verdadero nombre? —preguntó.

—Por lo menos lo intenta —le contestó Jupe—. Aunque me parece que no tiene mucha suerte. Todavía trabaja como mecánico para ganarse la vida.

El Primer Investigador hizo una pausa pensativo.

—Es curioso —dijo—. Fue el recuerdo del auténtico Peladilla lo que me impulsó a participar en el concurso de preguntas desde el primer momento. Me desagradaba tanto cuando era pequeño que quería vencerle a toda costa. Pero casi he llegado a apreciar a ese

joven que se hizo pasar por él. Estoy seguro de que nunca tuvo intención de hacer daño a Peggy, pero estaba tan desesperado por ganar dinero y decepcionado por ser un actor en paro, que hizo todo lo que Luther Lomax le propuso.

—Es duro abrirse camino en esta ciudad —convino el señor Sebastián—. Y a propósito, ¿qué ha sido de Luther Lomax? ¿Vive todavía en su mansión en ruinas, soñando con el pasado?

—No —repuso Pete—. Sufrió un terrible ataque de nervios cuando vio a Peggy bajar la escalera con nosotros. No cesaba de gritar: «Silencio en el plató» y «Luces, cámara, acción». Gordon Harker consiguió calmarle por fin y lo llevó a un hospital.

El escritor de novelas de misterio meneó la cabeza con simpatía.

—Fue un gran director en sus tiempos —dijo—. Recuerdo muchas de sus antiguas películas. ¿Sigue todavía en el hospital?

—No —explicó Jupe—. La Asociación Cinematográfica le encontró un sitio muy adecuado en una residencia que hay para enfermos mentales entre la gente retirada del cine. Por lo menos allí estará entre algunos de sus viejos amigos.

—Sí —el señor Sebastián sonrió levemente—. Estoy seguro de que sí. Hay un viejo refrán en Hollywood que dice: «No es necesario estar loco para hacer películas, pero ayuda mucho».

—¿Y Glass era totalmente inocente del complot entre Peladilla y Lomax? —preguntó el escritor.

—Sí —dijo Jupiter—. Glass ignoró todo el tiempo que Peladilla era un impostor, que Lomax había robado las copas y que entre los dos habían secuestrado a Peggy. Glass trataba de promocionarse en la cadena de televisión, organizando concursos como éste. No quiso manchar su reputación mostrando a Peladilla como un fraude una vez terminaron los programas.

—¿Y qué hay de Pies Planos y Sabueso? —continuó Héctor Sebastián—. ¿Qué ha sido de ellos?

—El concurso le dio a Pies Planos la oportunidad que necesitaba —respondió Jupe—. Estaba sin trabajo desde hacía mucho tiempo. Una cadena de fabricantes de zapatillas deportivas vio los programas y contrató a Pies Planos para que les hiciera publicidad, presentaciones en las tiendas, cosas por el estilo. Se alegró de encontrar trabajo. Y no tiene necesidad de llevar zapatos grandes ni actuar, sólo tiene que hablar bien de sus productos. Sabueso

terminará sus estudios en la escuela superior y luego quiere empezar la carrera de leyes. Se propone ayudar a los actores y actrices jóvenes a defender sus derechos contra los estudios de cine y televisión que tratan de explotarlos.

—Un propósito muy encomiable —comentó el señor Sebastián.

Miró hacia la cocina donde los Tres Investigadores podían oír al criado vietnamita de Héctor Sebastián, Hoang Van Don, trajinando con sus cazuelas y sartenes.

—¿Y Gordon Harker? —preguntó el escritor—. ¿Habéis guardado su secreto?

—Naturalmente —le aseguró Pete—. Jamás hemos dicho a nadie que había sido Orejas Gachas en las viejas comedias de los Granujas, excepto a usted, claro. Estará completamente a salvo cuando vuelva a sus clases en septiembre.

—Hablando del colegio… —el señor Sebastián volvió a mirar hacia la cocina—. Don también ha ido a la escuela últimamente.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que aprende? —preguntó Bob.

—La cocina Cordón Bleu —replicó Héctor Sebastián—. Como un gran chef francés. Ahora ha abandonado todas sus ideas sobre alimentos sanos —suspiró—. Ahora todo son salsas complicadas y guisos exquisitos. Debo confesar que son mejores que las algas. Aunque algo pesados para mi estómago.

Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante en su tumbona.

—Espero que os quedaréis a comer —dijo—. Especialmente tú, Jupe.

Bob y Jupe se miraron con escepticismo. Recordaban demasiado bien que Don les había utilizado como conejos de Indias para otro plató francés: los caracoles. Pero los Tres Investigadores dijeron, sin gran convencimiento, que estarían encantados de quedarse a comer para probar la nueva cocina francesa de Don.

—¿Pero por qué especialmente yo? —quiso saber Jupe.

—Porque Don quiere pedirte un favor —explicó el señor Sebastián—. Y a cambio de eso está dispuesto a cocinar lo que desees para comer. Cualquier cosa —añadió.

El Primer Investigador observó un tono de interés, casi de ansiedad, en la voz del escritor.

—¿Por qué no decide usted, señor Sebastián? —sugirió—. ¿Por qué no tomamos lo que usted elija?

—Esperaba que dijeras eso —el señor Sebastián alcanzó su bastón que estaba junto a su silla para ponerse en pie—. Porque debo confesar que lo que más me gustaría es una sencilla y buena hamburguesa. Tal vez con un poco de cebolla cruda por encima. Pero sin salsa. Ni siquiera *ketchup*. Sólo carne de ternera.

Los tres muchachos estuvieron de acuerdo en que una simple hamburguesa les iría muy bien.

—¿Pero cuál ese favor que Don espera de mí? —preguntó Jupe.

—Me temo que ese es su secreto —le dijo Sebastián—. Pero estoy seguro de que no es nada que deba preocuparte —se volvió, apoyándose en su bastón—. Entonces iré a decírselo a Don. Una simple y llana hamburguesa y, a cambio, tú te comprometes a hacerle el favor, Jupe, sea lo que sea.

Los Tres Investigadores observaron cómo Héctor Sebastián atravesaba la amplia habitación cojeando, y cómo daba la vuelta a la librería que separaba la sala de estar del estudio, camino de la cocina.

La casa de Sebastián en Malibú había sido antes un restaurante llamado Casa Charlie lo cual explicaba por qué tenía tanto espacio abierto. El escritor la estaba convirtiendo gradualmente en lo que llamaba una casa respetable. Habían algunas novedades desde su última visita, observó Jupe. Además de la tumbona, había añadido también un sofá de aspecto confortable al escaso mobiliario.

Cuando Sebastián regresó sonreía satisfecho.

—Hamburguesa y nada más —anunció, sentándose cómodamente en su tumbona—. Don quería servirlas con salsa bearnesa, pero yo le dije que a vosotros os gustaba sin nada.

Guardó silencio mientras descansaba su pierna.

—He pensado sobre vuestro último caso —dijo al cabo de un momento—. Hay una cosa que me intriga.

—¿Sí? —preguntó Jupe—. ¿Qué es?

—¿Qué es lo que te hizo sospechar de Lomax? ¿Cómo adivinaste que era el director y no Milton Glass o uno de los Granujas el que había proporcionado toda la información que necesitaba el impostor Peladilla para hacerse pasar por el auténtico Granuja?

—Fue más que nada por esa coincidencia con Pies Planos —explicó el Primer Investigador—. Me figuré que había sido Peladilla quien me encerró en el estudio insonorizado para apartarme del

concurso. Fue el único que se sorprendió al verme aparecer en el programa en el último momento. ¿Pero qué hacía Pies Planos en el estudio aquel mismo día, exactamente a la misma hora? ¿Por qué llegó en su motocicleta mientras yo le seguía en un taxi? Esa coincidencia no dejaba de preocuparme.

Sebastián asintió.

—A mí también me hubiera preocupado —confesó—. Como detective siempre he recelado de las coincidencias. Pero continúa, Jupe. ¿Cómo lograste encajar por fin las piezas?

—En cuanto conseguí la última pista —le dijo Jupe—. Poco antes del segundo programa, Pies Planos me dijo que hacía recados para los estudios cinematográficos y la cadena de televisión.

—De manera que adivinaste que alguien le había enviado a los estudios. ¿Acierto?

—Acierta —convino Jupe—. Alguien le envió allí como cebo, para que yo le siguiera. Y únicamente una persona sabía entonces que los Tres Investigadores buscaban al ladrón… Luther Lomax.

—Comprendo —Héctor Sebastián volvió a asentir—. Lomax te hizo ir al edificio de la emisora de televisión con el pretexto de que quería hablarte de esas copas de plata. Luego, en cuanto te marchaste envió a Pies Planos a los estudios cinematográficos con cualquier recado, sabiendo que tú le verías en el vestíbulo y con la esperanza de que le siguieras a donde fuese.

—Era más que una esperanza —explicó Jupe—. Lomax me había dicho dos veces que le vigilara. Por eso estaba seguro de que le seguiría. Y claro, Lomax ya tenía a Peladilla en el estudio, esperando para encerrarme aunque primero tuviese que golpearme en la cabeza.

—Sí. Ahora parece que todo encaja —Sebastián se incorporó en la tumbona al oír pasos que se aproximaban desde la cocina—. Huele bien —susurró al sentarse ante la gran mesa.

«Sí, huele bien», pensó Jupe al recordar las comidas celebradas en aquella mesa. Hubo un tiempo en que Don no les servía más que comidas rápidas, *pizza* congelada, merluza rebozada, esas cosas que anuncian por la tele a última hora de la noche. Después tuvo otra fase en la que todo lo que salía de la cocina del vietnamita eran la clase de alimentos que recomiendan los gurús naturistas por TV durante la sobremesa… arroz integral, pescado crudo y algas.

Observó cómo Don colocaba una fuente con cuatro hamburguesas gigantes sobre la mesa. También tenían buen aspecto, se dijo Jupe.

Eran buenas. De la mejor carne de ternera y con rodajas de cebolla cruda. El Primer Investigador devoró la suya con gran apetito.

—¿Gustar? —preguntó Don.

—Excelente —Jupe le halagó—. Una hamburguesa de primera clase.

—Bien. ¿Entonces hacer favor ahora?

—Pues claro —mascullò el Primer Investigador con la boca llena —. ¿De qué se trata?

—Usted ser muy famoso. Yo ver todo el tiempo en la tele. Así que darme su autógrafo, por favor.

Don metió la mano en el bolsillo de su delantal blanco y sacó un álbum de autógrafos encuadernado en piel y lo colocó al lado del plató de Jupe.

—Vamos allá —Jupe tragó un pedazo de cebolla y sacó su pluma. Le parecía un favor muy pequeño para una hamburguesa tan grande—. ¿Qué quieres que escriba? ¿Primer Investigador? ¿O sólo Jupiter Jones?

—No, no —Don meneó la cabeza enérgicamente—. Ponga su nombre famoso. ¿De acuerdo?

Jupe cerró sus ojos un momento y suspiró. Luego se inclinó sobre el álbum y escribió:

Para Hoang Van Don, con mis mejores deseos.

Y tras exhalar un profundo suspiro, añadió su nombre famoso como le había pedido. Firmó:

Bebé Fatty.

**FIN**